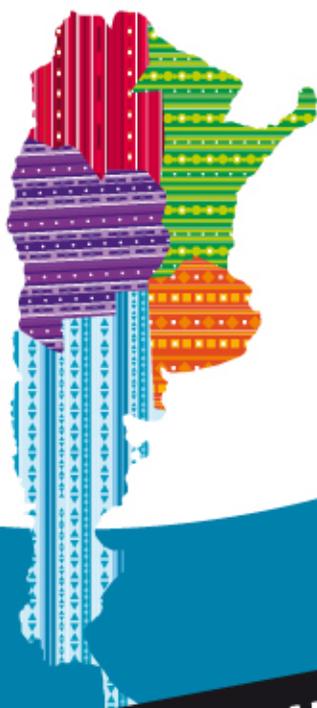


Narrativa Cardinal Argentina

5. LA PAMPA. NEUQUÉN. RÍO NEGRO
CHUBUT. SANTA CRUZ. TIERRA DEL FUEGO

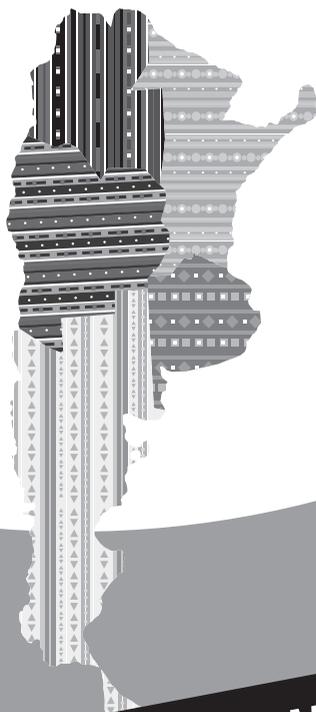


CUENTOS AL SUR DEL MUNDO



Narrativa Cardinal Argentina

5. LA PAMPA. NEUQUÉN. RÍO NEGRO. CHUBUT SANTA CRUZ. TIERRA DEL FUEGO



CUENTOS AL SUR DEL MUNDO

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación

Prof. Alberto Sileoni

Jefe de Gabinete de Asesores

Lic. Jaime Perczyk

Secretaria de Educación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Secretario del Consejo Federal de Educación

Prof. Domingo De Cara

Directora del Plan nacional de Lectura

Margarita Eggers Lan

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto

Canciller Héctor Marcos Timerman

Jefe de Gabinete

Embajador Antonio Gustavo Trombetta

Presidenta del Comité Organizador Frankfurt 2010

Embajadora Magdalena Faillace



Selección, edición y diseño

Plan Nacional de Lectura

Selección

Graciela Bialet, Ángela Pradelli,

Natalia Porta, Silvia Contín y

Margarita Eggers Lan

Corrección

Marta Guyot

Diseño gráfico

Juan Salvador de Tullio

Mariana Monteserin

Elizabeth Sánchez

Natalia Volpe

Ramiro Reyes

Paula Salvatierra

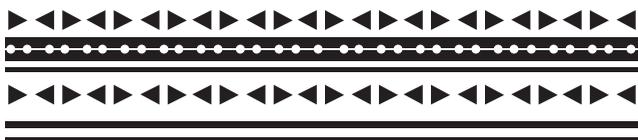


Textos seleccionados por la coordinadora de esta región, Silvia Contín.

Contacto: planlectura@me.gov.ar

plecturamarga@gmail.com

PRÓLOGO



Cuentos al sur del mundo conforman una antología que pretende “leer” a nuestra Argentina de la cabeza a los pies. En un país cuyas identidades culturales son tan diversas como cada una de las regiones y provincias que la componen, esta pequeña selección quiere mostrar una pincelada de las valiosas producciones que construyen nuestra Narrativa Cardinal Argentina.

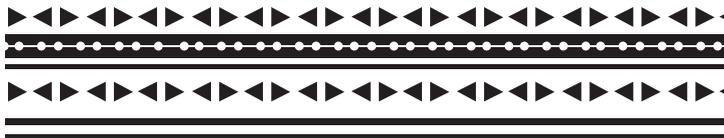
El Plan Nacional de Lectura extiende los brazos más allá de sus límites naturales para mostrar al mundo la riqueza de sus palabras y provocar en quienes tengan la oportunidad de recorrer estas páginas la pasión por la buena lectura, por la que trabaja a diario en todos los rincones de la patria.

Esperamos que estos cuentos, seleccionados por cada una de las coordinadoras del Plan Nacional, conozcan nuevos ojos para seguir asombrando al mundo.

Plan Nacional de Lectura
Ministerio de Educación de la Nación Argentina



ÍNDICE



LA PAMPA



NEUQUÉN



RÍO NEGRO

▶ **Ejercicio sobre libre amor**

Eduardo Senac

Pág. 7

▶ **La noche boca abajo**

Diana Irene Blanco

Pág. 15

▶ **Malas compañías**

Diana Irene Blanco

Pág. 17

▶ **El embrujo del Tayil**

Juan Benigar

Pág. 21

▶ **Microficciones**

María Cristina Ramos

Pág. 29

▶ **Flechas**

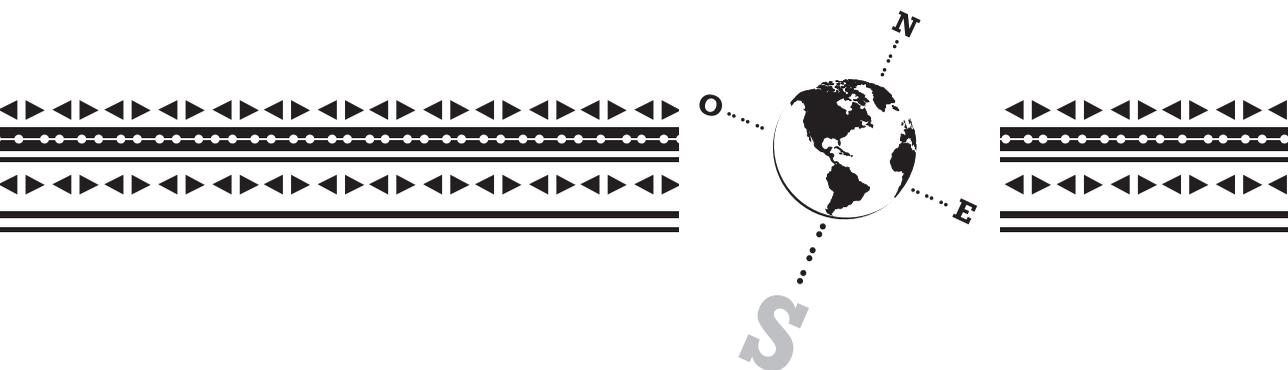
Luisa Peluffo

Pág. 33

▶ **Relatos**

Elías Chucair

Pág. 39



CHUBUT



SANTA CRUZ



TIERRA DEL FUEGO

► **Mensajes al Poblador Rural**

POEMAS HUMANOS

Jorge Spindola

Pág. 49

► **Vivir y dejar morir**

Bruno Di Benedetto

Pág. 56

► **De lo que vio Gaspar Quesada, luego de su muerte**

Claudia Elisabet Sastre

Pág. 65

► **Tumbas en el desierto**

Claudia Elisabet Sastre

Pág. 67

► **Nunca sábado, mucho menos domingo**

Claudia Elisabet Sastre

Pág. 69

► **Relatos**

Elpidio Isla

Pág. 72

► **Relatos**

Julio José Leite

Pág. 78

► **El colorado**

Nicolás Romano

Pág. 86

► **Un pequeño sol**

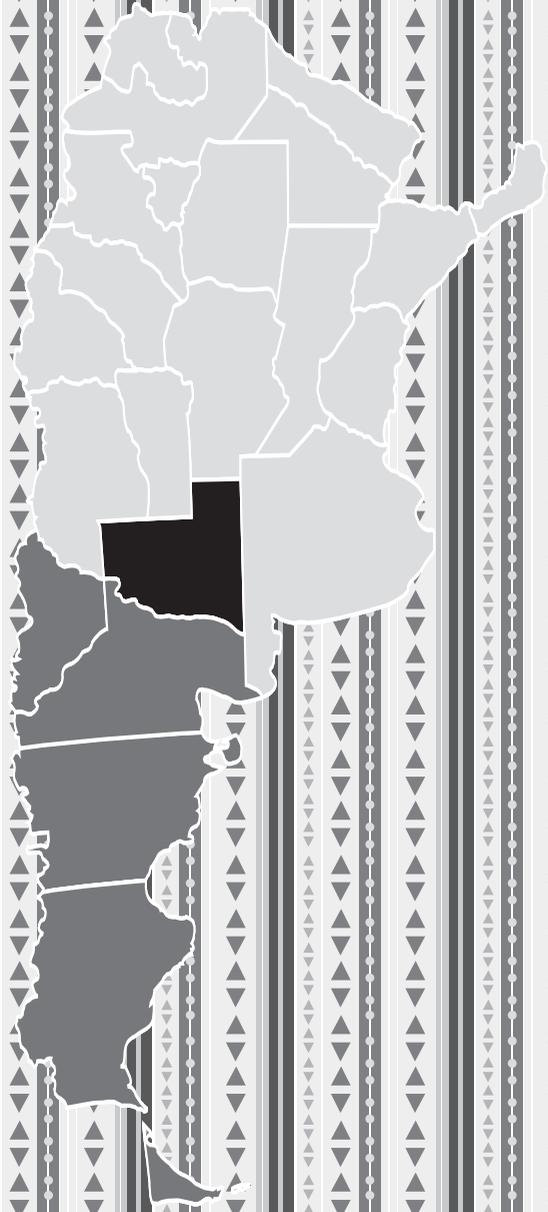
Nicolás Romano

Pág. 88

► **Pisotón**

Nicolás Romano

Pág. 89



LA PAMPA

Ejercicio sobre libre amor

Eduardo Senac

“Cierra el libro aquella narración, aquel ejercicio sobre libre amor hecho prosa poética; aquella quieta desesperación hecha susurro, esa imposibilidad que sólo se puede nombrar desde todas las posibilidades del lenguaje.” I. Wielikosielek

Una sola casualidad rompería el universo. Ella me diría que las circunstancias tienen estructuras inviolables y que en caso de que me quiera será para cumplir mejor con disposiciones escritas en el aire y porque esa es la suma de nuestras existencias. En fin, lo que nos corresponde. Supe que ya no deseaba blasfemar contra el azar, de todos modos una tarea inútil. Además no puedo proceder contra el mundo porque ahora en el mundo está ella. Pero no demasiado. Digamos que esa ventana que está ahí es toda la porción de realidad que recibe.

Hay un viento gélido soplando afuera, corriendo alocadamente entre las ramas escarchadas de la noche, arrastrándose por el piso y luego subiendo nuevamente por el aire oscuro hasta destrozarse contra los cristales. Pero al momento viene otra racha, el viento no parará de venir, esa es su vida. Hace ruido, murmura como si soplara un gran secreto y nadie lo escuchara, por eso se arremolina y sigue. Hay algo que viene a decirnos, pero nosotros no tenemos esa clase de oídos, particularmente yo. Desde la ventana a esta parte no estoy afuera, estoy en una gota de calor con paredes amarillas, con piel aislante entre un mundo y otro.

Pero tal ventana es agradable especialmente al declinar el día o durante largas horas si estamos en el otoño, aunque la luz sea menor. Desde allí puede verse sobre todo un jardín. Sin embargo yo no me sé el nombre de las flores que viven en el patio interno y que respiran silenciosamente y de espaldas, si es que ello les estuviera permitido, a

las paredes que les dan abrazo. Supongo, aunque nunca estuve allí, que el cielo debe verse cuadrado desde sus pobres alturas de flores. Es posible que la perspectiva desde el cielo sea recíproca. Asuntos sin interés, sin embargo.

En todo caso, mi costumbre habitual es ella y luego caminar por este pueblo que tan ruidoso se ha puesto últimamente. Furia para mis amigos, que según ellos, es porque no hay nadie a quien querer. Cada vez que me detengo en una esquina, cualquiera sea, es para cavilar sobre esa opinión, por más que los vecinos detrás de sus persianas me crean en posesión de una larga rareza que me lleva al ridículo. Quizás estas calles anchas confirman de algún modo esa desolación: nadie a quien querer. En cuyo caso, poblar las horas es un trágico ajedrez de intentos y distracciones, demasiado evidente desde atrás de sus persianas. Empero en mí vive ella, y por otra parte, sus ventanas son muy diferentes de la mía.

En la habitación, además de la ventana y las reverberaciones del jardín que llegan a través, hay una biblioteca que no dura demasiado, aunque ella se sigue buscando en una de sus páginas que según creo ya la encontré. Sé que es mejor callar para no señalar ni el libro ni la página y piense mientras tanto que el autor multiplicado es infinito y que no es Borges, o bien, que Borges vale tanto como cualquier otro. Entonces cuando su fragilidad recorre el pueblo junto a mí y ve las inconveniencias de la realidad, yo debo abrazarla sin que lo sepa, para que no avancen sobre ella los muchos velos de este espejismo.

Ayer por la tarde caminamos. Alcanza con salirse de las ciudades paradas sobre la llanura para ver los campos pasteles tendiéndose como una sábana apenas arrugada por los alambrados. Aquí el crepúsculo no es el de la montaña. Es más bien el corresponsal de un cosmos callado y nos habla de todo aquello que está ausente pero que tiene presencia. Se abre de punta a punta del horizonte y primero nos da la sensación que puede irse por cualquier parte, o bien que puede quedarse desangrando el cielo hasta el fin de los tiempos. Hay una luz anaranjada que se lanza sobre los árboles, y esos árboles vistos desde aquí no tienen casi vida. Por su ramaje se traslucen unos finos rayos que llegan al suelo sin fuerza, decolorados, sucios tras su paso por las ramas que se estiran sobre el aire vacío. Esos árboles son estatuas que esperan nuestras espaldas para moverse apenas, para tener un guiño mínimo en el mundo de la llanura quieta y marcar presencia en el ritmo de la existencia. Minutos después, sin embargo, vemos al crepúsculo derribándose como un suicida, como todo aquel que lucha por parecerse a un cadáver. Al cabo, sólo quedará el esqueleto de la tarde.

Me pareció que, como una tabla que no puede tallarse, como una página extendida que sin embargo permanece indeleble al paso del

hombre, una planicie limpia de sombras duras, una tierra sin piel con surcos de venas secas aplastadas por el tedio y la noche; así duerme nuestra gran llanura, cuna del sol y mar de los hombres. Pero antes de salir del pueblo vimos a un tiempo la tristeza persiguiendo a las gentes como asimismo los breves y violentos deseos de la juventud, vimos cómo todos ellos entraban a un laberinto de juguete buscando los nidos de luces que los enceguecían y se desplazaban por el territorio de las levedades, para volver de él con la misma indiferencia. Vimos motores gritando sus espasmos, tatuajes, el suelo de una plaza cubierto de pisadas que se apoyaban completamente en el mundo, el aire de esa plaza cruzado por músicas rápidas, el desconuelo de mis amigos porque ninguno de ellos dejaba en paz al silencio, vimos minutos en que se agolpaban los ritmos frenéticos en los rostros hasta que perdían sus rasgos más notables y armaban una ola anónima de caras iguales. Pensé que en cualquiera de esas caras podría verse la historia de todos y Cecilia se estrechó junto a mí con una tristeza insondable que le tomaba la boca, y luego comenzó a darse al temblor como el borde de cada fuego. La sombra deforme de esas vidas llegó hasta nosotros y procedí con palabras, pedazos de frases, tuve que devolverla a la habitación con ventana. De suerte que ciertas literaturas pueden ser fragmentos de tiempo que sacan al hombre de la materia, que lo arrancan de entre las cosas para finalmente devenir en cometas que cuelgan de las estrellas, que se suspenden sin juicio sobre el cuerpo del mundo. Hay fragmentos que nos pertenecen y su pérdida nos mutila. Hay en ellos un modo de mirar que tiene algo de sólido, y cada cosa que vemos queda vestida con restos de alma. Todo lo que cubrimos con esos fragmentos, cada objeto, es también una letra livianamente impresa en el cuerpo del mundo.

Ella se acostó despacio, perdiendo de vista la oscura cuerda del horizonte. Luego fue debilitándose su animación mientras le murmuraba en sus proximidades la primera parte de *Ejercicio sobre libre amor*. Y aunque ella ya dormía, yo sentí la populosa gravitación que me retenía en su mismo espacio, un lugar donde fue fácil notar los silencios que fueron creciendo en su cara pero no en su boca, obstinada en decir las palabras de su sueño que yo, no sé por qué, no podía escuchar. Dormía, pero aún en su mano abierta buscaba algo entre la rareza del aire de esa noche, y yo, yo no podía saber nada respecto a este punto, si era algo que buscaba o simplemente una negación expresada desde una capa muy notable de su existencia. Pensé: ojalá que lo que busque sea mi mano.

A la mañana siguiente caminamos otra vez por el acceso nuevo del pueblo. Un sol redondo, tremendamente redondo, viajaba en su ruta única hacia el alféizar del mundo, y de a poco fuimos viendo la peregrinación de árboles desfilando hacia la ruta y asimismo hacia los límites

del pueblo que morían tragados por esa boca de asfalto y esa misma ruta que llevaba a otra parte, tal vez para siempre, y por la que ella iría a viajar algún día.

Hablamos, y Cecilia giraba su cabeza de continuo para mirar con curiosidad palabras que le gustaban. Y muy bien sé que de todas las realidades que atravesamos estando despiertos, esta era una que ella aceptaba y que la alejaba de la tristeza, aun cuando estábamos hablando de tristezas y de las cosas que nunca pasan.

Al regresar, dos vecinas conversaban agitadamente.

Esa conversación me devolvió al mundo y mencioné las penas obligadas con que el Conde de Lautréamont fue haciendo su único libro, *Los cantos de Maldoror*. Y esas penas lo fueron tomando de un modo tal que su sola posibilidad literaria fue la diatriba, una prosa por demás colérica, quizás como ninguna otra, pero detrás de ella podía leerse la angustia. Mencioné que sin embargo aún hoy se cree que hubo ausencia de lucidez en la obra de Lautréamont y que *Los cantos de Maldoror* corresponden a un acceso de demencia. Esto es falso, dije. No hay nada más organizado que la locura de un escritor.

Entonces ella dijo que su cara habrá sido gris. Después me preguntó a qué cosas yo le tenía miedo. Aproveché ese momento para observarla con el pregusto del sueño en la mirada, continué viendo y vi los árboles soplando sus sombras cada vez más lejos, vi el sol disgregándose a través de las ramas hasta dar con el suelo de un modo mucho más pobre de como daba en su cara. De a poco, el aire fue espesándose para los demás, como si cansara, fue abrazando todas las cosas y llevándolas hacia la inmovilidad, incluso al tiempo, atándolo a la cadencia de las piezas de museo. En esos minutos quietos la conversación de al lado se convirtió en un rumor uniforme e insondable, y en ese estado muerto del tiempo y el espacio, los pasos de Cecilia que seguían y la sombra de esos árboles eran el único mobiliario del mundo. Solo en mi interior se producía otro movimiento que se reunía en mis sienes como una marea, y dije: "A nada." Los lobos esteparios, por encima de su naturaleza solitaria y su individuación exacerbada, de su yo en disidencia y de su asqueamiento social se quedan aquí, mi querido Hermann Hesse, porque la burguesía es la casa. Solo los capaces de encender su propia estrella y remontarse por los páramos verdes y los cielos limpios, aquellos que ya no son lobos esteparios y ni siquiera son hombres, aquellos que escuchan y vuelan entre el rumor de los astros en movimiento, pueden prescindir de todo techo y cobijarse en la pausa y el silencio que entra por la ventana sin casa.

Con Cecilia vista desde un costado y a pesar de ello vista contra el cielo, pude comprobar no solo su retratura y el resto de su bellísima

naturaleza, sino también el recorte de un perfil que viaja más allá de su cuerpo, disfumándose como una imaginación, como una órbita que impone su gravedad suavemente y que construye a su alrededor una visión borrosa que modifica las perspectivas una vez que se ha entrado en esa sujeción. Y de inmediato, vi una extraña niebla que iba apretando mi propio cuerpo y que llevaba mis razones hacia la esperanza. Tal era su fuerza, y pensé en lo pavoroso que sería su ausencia después, mis ojos se habían acostumbrado a la maravilla. No sé por qué se me cruzó la imagen del pensador de Rodín y sus ideas de piedra, y yo repitiendo su posición y en algún punto las ideas petrificadas, y sería a la noche, con Cecilia a mi lado, y entonces lo que pensaba se organizaría en una suerte de ilación fabulosa dirigida por sus ojos ensombrecidos de tristeza, pero de orden para mí.

Sobre el final del día y en la habitación, a un margen de la ventana estaba entre la media luz y otros libros *Los cantos de Maldoror*. Lo toqué y tomé su peso entre mis manos, pero eso no era lo que yo quería hacer. Me movía esforzadamente y me dije que no era necesario que sus letras vean el aire. Ya sabía lo que en ese libro estaba. Fui, también incoherentemente hasta la ventana y pensé:

Lo que te mató fue la vida,

Lautréamont.

Los asesinos fueron ellos,

los que necesitan ir a dormir para tener sueños.

Ellos son todos.

Amontonados pájaros negros que crean la noche en el día,

tal es la oscuridad que alumbran.

¿Pero qué eras tú, Lautréamont, sino una nada

probándose la máscara de un hombre,

una débil región de esplendores en oposición?

Por eso tu muerte.

Queda demasiado débil el que le pide a dios que le muestre

un hombre bueno y no lo ve.

Entonces,

en Maldoror se fue escribiendo la tarea final de tu conciencia

y tu rencor de sílabas,

*se fue construyendo el único aire que podías respirar,
diagramando un imperio que te encerraba.
Pero ese país de páginas fue demasiado frágil,
también,
para las legiones y las hordas de los que duermen sin saber.
Pronto derribaron tu piel:
es una asesina la mujer hermosa que no te ama,
y que no conociste, todo lo contrario.
Entre esa y otras penas, seguir respirando fábulas,
ver los mares como un gran
moretón en el cuerpo de la tierra.
Sin embargo nadie puede abrazar al alba
y en esa imposibilidad están todas las demás.
¿Para qué seguir reprochando a Dios su mala imaginación?
Es igual a la de los hombres.
Sus alientos son sombras que discuten,
opacas y dolientes luces que se devoran a sí mismas:
absurdo creer en esta realidad.
Por eso no se puede vivir con ellos.
Por eso se sabía que no ibas a quedarte a esperar la muerte,
Lautréamont.
Una gran tristeza da la libertad.*

Cecilia estaba detrás de mí sin interrumpir mis cavilaciones. Impresionantemente tomó el disco de Mercury para que corra *Ejercicio sobre libre amor*. Entre otras, esa era la distancia que me separaba de Lautréamont, yo pude ver la maravilla y desde allí, edificar una nueva teoría de un universo amable que me aprobaba.

Luego ella salió un momento, quizás para dejarme solo, quizás porque sabía que esa canción no terminaría jamás y que yo podía ver desde la ventana una media luna palideciendo increíblemente cerca del cielo de noche, en silencio, apenas como un único faro que guía a las almas en esas horas en que cualquiera puede perderse, como un testigo de ojos

abiertos ante la historia de la humanidad, y que acaso habrá visto cada vez con una resignación mayor. Observaba nuestras vidas como una feria y ahí estaba yo, o para decirlo mejor, estaba ese algo nuevo que soy ahora sobre la ventana. Claramente yo era un aire tibio hundido en un cuerpo que casi no reconocía. Sintiéndome así, como un paria, un extranjero de mí mismo, es como me he sentido mejor, mirando con la indiferencia que facilita el hecho de estar muy atrás, en un territorio inalcanzable para la mayoría pero no para ella y que se deja llevar impasiblemente por los pies. Desconozco cada parte de la piel que habito, y cuando otros me hablan, sólo veo sus caras y sus movimientos y pienso: ¿A quién le estarán hablando? Yo viajo entre las gentes por inercia, entre pensamientos inmóviles que de una parte a este tiempo están detenidos en Cecilia. Soy nada más alguien que mira, un ojo suspendido sin juicio para nadie, alguien que se contenta con el espectáculo del mundo sin participar. Lo demás es para los otros. Yo no lo quiero. Y en esas horas de quietud en que la lluvia comenzaba a arreciar sin obligarme a cerrar los viejos postigos de madera astillada, mi memoria fue convirtiendo sus pedazos, armando la imagen final que unía sus puntos uno a uno y que avanzaba desde un fondo hasta llegar a la más notable definición: el rostro de Cecilia se agitaba como un temperamento en la oscuridad de mis párpados y así seguiría, hasta el futuro, habitando mis progresivas dinastías de sueño. Yo nada más tenía que seguir ese rostro y dejar que se unan esos sueños y los días. Al este, olvidada, la media luna por primera vez representaba un orden comfortable que se orquestaba con la vida. Y allá, mucho más allá, supuse los sentimientos que harían brillar los ángeles de Swedenborg. Recordé un pasaje:

“He visto palacios en el cielo tan espléndidos que están más allá de cualquier descripción. Sus pisos altos brillaban como si fueran de oro puro, y los inferiores como si estuvieran hechos con piedras preciosas. Cada palacio parecía más espléndido que el anterior, y lo mismo sucedía con su interior. Las habitaciones estaban engalanadas con adornos tan magníficos que no pueden ser descritos con palabras y que no se ajustan a nuestros conocimientos en artes y ciencias. En la parte orientada al Sur había jardines donde todo resplandecía por igual, las hojas parecían de plata y los frutos de oro, con macizos de flores que con sus colores creaban la sensación de un arco iris. Dentro del horizonte visual había otros palacios que enmarcaban la escena. Así es la arquitectura del cielo, a la que se podría considerar la verdadera esencia del arte, lo que no es una gran sorpresa, puesto que el arte nos viene a nosotros del cielo.”

Luego pensé particularmente en ese jardín donde yo mismo iba a predisponerme al entresueño, quizás amablemente y con la paciencia que da el cansancio, para tenderme al fin adormecido y sentir el preguiso de mi propia ausencia, liberado de todo ensayo, quitándome de encima y de una vez el peso del universo.

Sí, y sería por ese entonces un algo invisible y abandonado, movido apenas por la marea del viento sobre el jardín, con un oleaje de flores entrecruzándose y silbando sobre mi sueño pero no a mí, sino más bien a la suavidad con que entraba la tarde y sus callejones de otoño que irán tomando todas las cosas hasta darle crepúsculo a los rincones. Por unas horas, por momentos, todo quedaría en una oscuridad espesa vertida sobre ese jardín que impedirá también el paso de los presagios, algo así como una tregua, una carga de estrellas, hasta que un nuevo alba las borre y yo me levante y camine sin importarme, sin peso, como ya dije, mirando las calles y lo que en ellas hay, las literaturas, los patios internos, la cara de Cecilia, que está muchas veces en mi memoria. ■

EDUARDO SENAC

Nació en Córdoba en 1973. Reside en General Pico (La Pampa). Periodista y escritor. Durante cuatro años ha sido el director de la revista literaria *Sueños*. Actualmente dirige el suplemento cultural "La Galera", editado semanalmente por el diario *La Reforma*. Publica además en la revista cultural *Nativa* de Villa María (Córdoba). Ha publicado los libros *Instrucciones para ser un Quijote*; *El vals del duende*; *La precisión de la fiebre*; *Satori*.

La noche boca abajo

Diana Irene Blanco

Colonia Castex, Territorio de la Pampa Central, 1928.

El primer silbido raya la cara de la noche. Cuando se escucha el segundo, Félix mete la mano debajo de la almohada y roza con la punta de los dedos la culata del Winchester 44. Su mujer, Victoria, de inmediato se incorpora en la cama.

–Vienen por los caballos –susurran silabeando la impotencia.

Los silbidos cortos, se cruzan en el aire como insectos impunes. Afilados de insolente malicia, inauguran el rito canalla de robar animales de los campos indefensos. La noche de invierno acompaña. Espesa y compacta, respira suspensión, reticente como una cómplice involuntaria.

Ni una estrella. Ni el chistido de un pájaro nocturno en la tranquera.

Félix, de pie, pega su cuerpo delgado contra la ventana que lo separa por pocos metros de un terreno que anuncia turbulencia. Sobre el pecho, cruza en diagonal el rifle tenso que espera. El hombre memoriza el despojo que, por sufrido le anticipa el grosor del desvelo. ¿Serán cinco?, ¿tres?, ¿cuántos? Mira hacia el molino, que parece observar con su gran ojo de lata inmóvil, la presencia de gente extraña tapada por la niebla en esa hora avanzada. Félix no consigue distinguir nada, pero cierra los ojos y repasa la escena. Con seguridad, los cuatrerros ya habrán ingresado al corral de los caballos. Andarán contenidos deslizándose entre los mansos animales y esquivando la bosta. Adivina los gestos y los brazos marcando posiciones, apartando los animales.

Adentro, Victoria, también repite la secuencia de otras tantas noches usurpadas y de ajustada violencia. Si afuera, en el primer patio, los movimientos se cumplen con la exactitud injuriosa de una grosera ceremonia, en el interior de la pequeña casa con paredes de chorizo, los campesinos siguen un libreto invisible que desprecia el estreno. La mujer también organiza su menguada estrategia. Con rápido ademán controla la debilidad de la puerta, cerrada con tranca de madera y con mil llaves de miedo añejo. Luego, se asoma a la pieza chica donde simulan un sueño, las tres hijas. Un sueño que en atropellados segundos se trizará como un espejo. Por entre la ráfaga de angustia salada, al mirar a sus niñas a Victoria le nace un ruego: Que no se atrevan con nosotros... y con *Duque*.

Duque es el caballo que guía el sulky cuando la familia viaja al pueblo. Sus patas poderosas y el negro profundo de su cuerpo se lucen toda vez que lleva a las hijas de paseo. Supo tener un antiguo dueño que le dejó un temperamento guerrero: en *Duque* se esconde un brillante caballo de carrera. Tiene porte de campeón y música en sus cascos metálicos. Su andar es acompasado, distinguido, mientras no aparezca otro sulky o un coche a la par de su trayecto. Cuando esto ocurre, y pasa con frecuencia, su intacta cualidad de corredor se despierta. Entonces, *Duque* dilata patas y cuerpo. En alguna fibra recóndita, para el noble animal, se larga la carrera. Sus cascos esquirlan la tierra en un vuelo rasante por ganar la meta. Hasta que el coche u otro carruaje se aleja y se esfuma en el humo blanco de la polvareda que nubla el camino. Luego, poco a poco y lentamente, *Duque* retoma, entre soplidos, su discreta compostura y respiran alivio las pasajeras.

Ni una estrella. Ni el chistido de un pájaro nocturno en la tranquera.

Félix se esquina en la ventana del cuarto. Entreabre, apenas, los postigos y prepara su Winchester. Apunta hacia arriba, en dirección a la nada. Los disparos suenan huecos y se pierden en el aire vacío de la niebla. Se llevan sus caballos de faena, pero el hombre es experto en esquivar el navajazo de la venganza rastrera. Jamás provocaría una muerte. Él vino a la América a sembrar la vida. Solo desea responder con estruendosa mansedumbre el atropello ruin de muchas noches ajenas.

¿Por qué a él? ¿Por qué a su familia? Se pregunta repasando con la mirada esa habitación que oficia de pálida fortaleza: piso de tierra, un baúl que vino en el barco, una cama de hierro. Afuera, en la puerta, un montón de cardos rusos encimados y médanos cansados de rodar por la tierra seca. Ni siquiera el campo es de ellos. Félix dispara de nuevo. Es una porfía inútil que se traga su propio eco.

Lejos, se borronean los cuatreros con sus caballos nuevos. ■

Malas compañías

Diana Irene Blanco

Por donde camina el vino desmesurado... pisa la muerte. El vino pasa a raudales por la garganta oscura de los hombres. Y cuando esta torpeza ocurre, la ira que siempre anda de ladera con la muerte levanta la uña de la discordia y enciende la flor inconclusa del odio.

Los cuatro están sentados a una mesa en la pulpería La Porfiada, cerca del paraje La Argentina. El lugar aparece casi desierto si es que, en un rincón, no contamos a un parroquiano que babea una canción o llora un sentimiento. Son cuatro hombres, todavía. Enredados en un árido y subterráneo desafío mientras, afuera, septiembre desteje los últimos fríos del llano. Las patas de las sillas estaquean los torsos casi inmóviles por horas. Solo se escucha el aleteo seco de los naipes orejados que caen arqueados sobre la madera cuarteada de la mesa. Unas cortas palabras gotean suspendidas sobre las cabezas.

Cuando la partida se inició, el sol aún temblaba en los vidrios manchados de los vasos. En ese momento, Remigio Ramírez anunció a la cara obstinadamente hosca de Pedro Muro:

–¡Por una bota de vino, amigo!

–¡Convenido, Ramírez! –afirmó Muro bajo los bigotes que le colgaban como una sombra sobre los labios.

Los otros dos, Emilio Charo y Antonio Merlo se pegaron a la rueda

para masticar las migajas que dejarían caer el Remigio de ojos pardos y dientes negros y el Pedro, con esos bigotazos como ala de cuervo donde palpita escondida una cicatriz gruesa como un gusano viscoso y ondulante, según la ocasión.

El entrevero tiene aires de truco inocente y moderadamente penden-
ciero. Pero un viento zumbón agita un embrujo traidor que por ahora sólo hace punta y relampaguea en los puñales atravesados por detrás, en la cintura sobre los riñones. El pulpero, don José Español, dispersa con un trapo frenético la luz opaca de algunos vasos y refriega el mostrador enmudecido. Desde su lugar, entre los últimos reflejos de las botellas no saca los ojos sobre los cuatro hombres que sentados a una mesa dispo-
nen la vida por una bota de vino. Para esta hora, el otro vino, el invasor, barato, áspero y aguardentoso, les debe estar escalando la cima de la cor-
dura y afilando los facones de la imprudencia.

En un momento del juego el Remigio, el de los ojos pardos y los
dientes negros, cabecea y en un pestañeo rápido ve a su mujer,
Salvadora, y a sus siete hijos trepados a sus polleras chupando un
pedazo de pan apelmazado. En el bolsillo de su bombacha de campo
se arrugan cuatro pesos finales. Ramírez traga un nudo de saliva espe-
sa y arroja sobre la mesa lo que jamás querría haber pronunciado:

-¡Se me acabó la plata, Pedro Muro! No sigo.

-Lo que pasa es que usted está borracho Ramírez, y además es un
tramposo maricón!

-¡Miente, Muro, miente! ¡Usted es un maldito cabrón!

Pedro Muro, el de los bigotes curvos como la sombra de un cuervo,
extiende los brazos por encima de la mesa. Desparrama de un manotazo
los naipes y se prende de la camisa de Remigio Ramírez que reacciona
en un salto elástico y ladea el torso semidesnudo. En un relámpago cer-
tero viborea su puñal en el pecho de Pedro Muro y en el puntazo florece
una estrella de sangre que oscurece la mirada y la ropa del hombre de la
sombra sobre los labios. Varias manos procuran desatar el nudo de la
contienda. Los compañeros de juego, el pulpero, el parroquiano que
babeaba una canción y otros hombres que habían ingresado a La
Porfiada y desde el comienzo ya memorizaban una pelea que ahora los
hizo saltar de las sillas que giran entre un torbellino de piernas.

A Pedro Muro se lo han llevado. Dicen que la herida no es profunda.
Vivirá para jugar por otra bota de vino. Remigio Ramírez permanece
sentado, sin hablar, sobre un enredo de apestos aperos lejos del
bullicio y los comentarios. De pronto siente en la penumbra de las
manos el roce leve de unos dedos ajados. Y en su cara sombría le
sopla el aire de unos cabellos gruesos y largos. Es Salvadora junto a

los siete niños. Lo toman de los brazos con brumosa suavidad, salen de La Porfiada y lo arrastran hacia algún lugar. Remigio Ramírez se deja llevar entregado a la oscuridad y a esos brazos amablemente conocidos. La noche le lame la cara con su lengua fresca y comprueba con asombro que camina solo. Solo y en dirección a la Comisaría, donde declarará que estaba ebrio, que no quiso atacar a Pedro Muro y que tiene una familia numerosa, cortada de toda clase de recursos. El comisario escuchará su defensa, estará de pie, de espaldas y con las manos cruzadas hacia atrás. El juez, sin gastar tiempo, tendrá en cuenta la presencia espontánea del acusado, el estado de ebriedad de los involucrados, la fugacidad monótona de la herida. Y Remigio Ramírez deberá cumplir dos meses de arresto y pago de costas. Los pasos sofocados de Salvadora con sus siete niños colgados de las polleras y chupando un pedazo de pan apelmazado lo perseguirán todas las noches de calabozo.

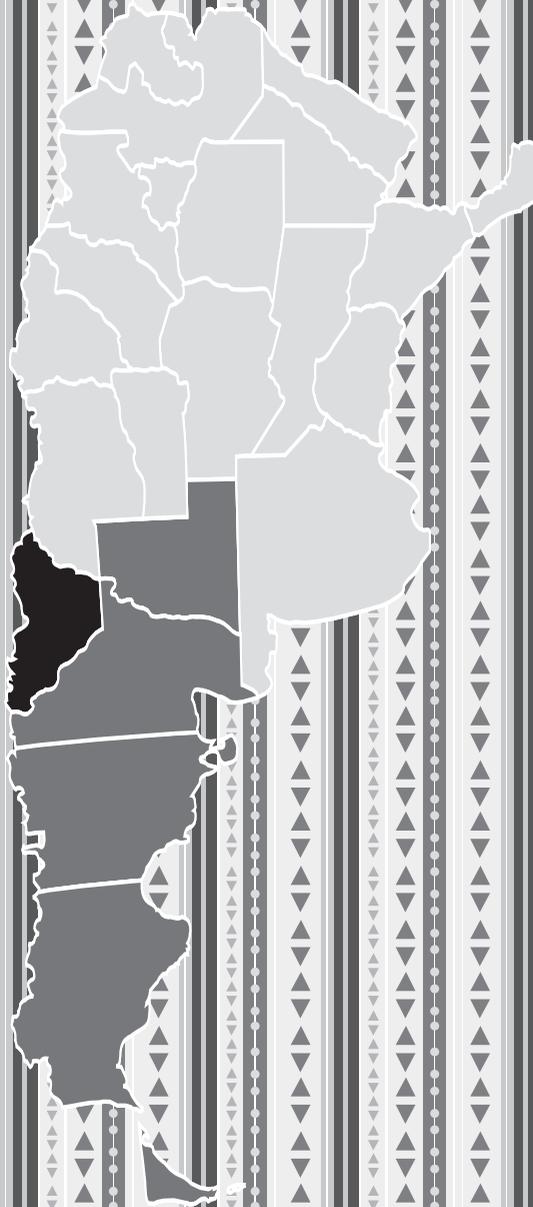
Es que el vino tiene nombre de varón pero seduce como una mujer. Y por donde camina el vino desmesurado la muerte siembra tormentas y abanica desgracias. Algunos hombres son débiles, livianos. Como el ala de una luciérnaga curiosa. ■

DIANA IRENE BLANCO

Nació en Eduardo Castex, La Pampa en 1951. Es maestra y profesora en Lengua y Literatura egresada de la Universidad de La Pampa. Posee nueve publicaciones en poesía, cuento y ensayo y sus trabajos son reconocidos en certámenes nacionales e internacionales.

Recibió el premio Olga Orozco en el 2007 otorgado por la Cámara de Diputados de la Provincia de La Pampa.

Entre sus obras publicadas encontramos *El cántaro roto* (poemas) 1981; *Mujeres* (poemas) 1988; *La espera* (cuentos); *Crónica de una traición* (cuentos); *Cuentos para la hora gris* (1998); *Olga Orozco, la jerarquía de la palabra* (ensayo).



NEUQUÉN

El embrujo del Tayil

FRAGMENTO

Juan Benigar

Pero volvamos al embrujo del tayil. Harto hechicero es, por cierto. *Tayil* no es canción común, la que se llama *ül*, nombre con que se designan también las plegarias cantadas. *Tayil* por lo tanto no es plegaria. Es un canto destinado a efectos hechiceros; que para esos se presta su tonada de poca variación, la que se hace más borrosa en la consonancia dulce e indefinida, que debe a su particular modo de ser cantada. Por eso se usa también para provocar el trance astral de los videntes.

Cántase como sigue: la mujer conductora empieza la tonada. Al empezar ella el segundo compás del tayil, entra otra mujer, entran dos, tres. No hay reglas fijas. Al entrar éstas a su vez en el segundo compás, entra a cantar otra u otro grupo de ellas. Si con ello no se agotan todas las mujeres presentes, empiezan las restantes del mismo modo en el momento que les parezca oportuno, siempre guardando el compás. El resultado no ofrece disonancias, porque en su sencilla música aborigen de cinco tonos, las tonadas están inconscientemente arregladas de modo que aquellas se evitan. Atiéndase al canto de las ranas y se tendrá una idea bastante exacta del efecto, porque su canto es un verdadero tayil, pero uno solo, mientras que las indias enhebran uno tras otro.

Si las cantoras son pocas y entre ellas hay alguna voz chillona, o de otro modo desagradable, el efecto del conjunto no es envidiable. Pero cuando las mujeres son muchas, las voces chillonas quedan perfectamente tapadas y el efecto es de más agradable consonancia con algo

de difícil definición, porque parece venir, como en realidad viene, de los mundos ocultos, sutiles y tremendos a la vez.

Quizás se necesite especial predisposición de la sensibilidad para sentir sus bellezas; no lo sé; recomiendo, sin embargo, a quien toque escuchar algún tayil, que si no lo soporta de cerca, que se aleje a conveniente distancia, donde se borra lo que en el raro canto puede molestarle. No dudo que de ese modo logrará familiarizarse con la extraña belleza.

El modo peculiar de cantar los tayiles responde, sin duda, a la concepción aborígen del canto coral. Con seguridad que no es puramente araucano¹, sino extendido muy lejos en el continente americano y aún fuera del mismo. Recuérdese lo que narra Darwin acerca del modo como los indígenas de la Tierra del Fuego ayudaban a cantar el himno inglés. Es la mismísima cosa aquí explicada.

Este modo de cantar los tayiles, facilita a un tiempo su aprendizaje. La conductora del canto es la mujer más experta en él. Las otras le siguen fielmente sin exceptuar a las novicias, como he oído repetidas veces a las mujeres que, sin haberlos oído jamás, cantaban por primera vez tayiles extraños a su grupo.

22
◀▶

Y he aquí otra excelencia de la potente alma indígena. Cantar así por primera vez, y correctamente, cantos ignorados, exige un notable esfuerzo del que yo no sería capaz y dudo de que haya muchos blancos que lo sean. Pídesese para ello un buen oído, capaz de cantar al vuelo el canto ajeno. Pídesese además, la doble atención al canto ajeno y al propio, los que no deben desentonarse ni desacompararse.

Dichoso me hallo de que, para la confirmación de lo dicho, tenga un testigo de peso en el sabio Darwin, porque dudo de que haya quien crea mi simple palabra, tan extraordinario es el caso.

Por lo dicho se ve que son las mujeres las que cantan los tayiles, aunque no faltan hombres que lo hagan, particularmente los que son videntes. Los tayiles, a pesar de su índole trascendental, no son necesariamente antiguos. De tanto en tanto –como lo he comprobado por mi experiencia personal– aparece algún tayil nuevo que el cabecilla vidente enseña a su gente después de haberlo recibido durante el sueño de sus particulares genios tutelares. Conozco también algún tayil enteramente individual obtenido por el mismo camino de personas de videncia no prominente. ¿Y por qué no decirlo? Yo también tengo anotados dos de mi propiedad, que me fueron dictados en sueños. No los uso, sino que guardo sus poderes para la oportunidad en que puedan ser útiles a nuestro indio mártir.

De ahí se deduce sin esfuerzo, que los acervos de tayiles responden a muchas variantes regionales. Los concedores dicen que los

tayiles de nuestros araucanos pampas son de origen tehuelche². Podrá haber notables diferencias, pero la esencia de la afirmación no es dudosa. Ellos absorbieron en sí, la antigua población pampeana de parentesco patagón³. De común religión, pero de ceremonial distinto, llegaban ellos en el principio a las pampas en pequeños grupos que, buscando la necesaria sociabilidad, asimilaban poco menos que todas las costumbres y el ceremonial antiguo de la nueva patria. Lo mismo que me pasa a mí, que rodeado del mundo criollo, apenas si conservo algo de yugoslavo.

Con el resto del ceremonial adoptaron también el baile particular de la tierra, llamado por eso Puel Purún, también el loncomeo, “con la cabeza”, por la particularidad de que ésta también participa de los movimientos acompasados al toque del tambor, al sonido eventual de la trutruca, más algún otro instrumento, y al canto de los tayiles, que es precisamente donde sobresale más su sello linajero. Totémico, dirían aquellos otros que ya conocemos.

Úsase este baile en ocasión de las rogativas, aunque no siempre, y falta en Chile. Usábase mucho en las fiestas llamadas *huecunruca*, fuera de la casa, conocidas por fiestas patagónicas llamadas “casa bonita”, de las que nos habla Musters. Me la palpito que en el fondo de este nombre hay un error. Primeramente, porque creo que la traducción araucana del nombre patagón debe ser más exacta que la de Musters, quien no pasó de los primeros balbuceos en la difícil lengua. Después, en araucano, “bueno, agradable, bello, bonito”, se traducen con *cúme*, vocablo que en su fondo nada tiene que ver con aquellas calidades, sino que significa “ir allá”, como si dijéramos: “es pasable”, en vez de “está bien”. Tal conexión de significados permite sospechar que en las lenguas patagónicas, también aquellas calidades tengan que ver algo con algún vocablo indicador de translación, que pudiera responder al araucano *huecún*, “afuera”. *Hue*: nuevo; *Cun*: linda; *Ruca*: casa. “Linda casa nueva”.

Luego, conjetura. Si la suelto, es para llamar la atención hacia cosas que tardarán en ocurrírsele a alguien. Porque la costumbre es que todas las ovejas sigan a la primera que sale del corral o pasa por el puente.

Hay mujeres que cantan los tayiles con frecuencia. Otras se reservan para las ceremonias públicas y para las rogativas familiares. Úsase en otras circunstancias importantes de la vida, como conjures de la buena suerte. Así cuando el hombre sale de viaje, las mujeres lo despiden con tayiles, cantando en primer lugar el de su linaje.

Suenan retozones los tayiles en los coros que acompañan los bailes. Son dulces votos de añoranzas cuando el viajero se pierde de vista en el recodo del camino. Son de lúgubre desesperación cuando por última vez acompañan al difunto rumbo a la sepultura.

Los he oído en todas aquellas ocasiones y siempre me han conmovido, ya con saltona alegría, ya con resignada tristeza.

Todavía rememoro vivamente el primer cantar de los tayiles que he oído veintisiete años atrás, en la costa del río Colorado arriba, entre dos bravas travesías. Estaba recién casado. Fui con mi suegro a visitar a una familia india amiga, que vivía río abajo. Rancho decente de quincho: al frente algunos corpulentos sauces sombreando una parte del limpiísimo patio. Antes de acostarnos nos regalamos con unos alones de avestruces y con riquísimo charque de guanaco empapado en grasa de potro. Madrugamos la mismísima alba madrugadora. Ya los hombres habíamos tomado varios amargos, cuando apareció la primera finísima raya del claror anunciador del día. El lucero “bochincheaba”, bajo aún, repuntando las demás estrellitas. Yo no me daba cuenta de otra cosa que de la pausada conversación de los viejos, que no entendía, y de los sorbos del mate.

De repente quedé tieso, e interrogué a los viejos con los ojos bien abiertos. Un canto ... Pensé en las posibles hadas del pequeño sauzal. Los viejos me lo explicaron. Eran las mujeres que cantaban sus tayiles. Salimos. Bajo el sauce más alto y más grueso, estaban de pie cuatro mujeres, mozas y maduras, con las caras vueltas hacia el naciente. Cantan. Cantan ... Una maravilla de canto. ¿Así habrán cantado las vestales romanas? ¿Así cantarían las hadas patagónicas? Sí, las hadas pampeanas y patagónicas, remedando el canto de sus dioses. Escalofríos dulces estremecieron mi alma...

¡Ay, qué lejos quedaron aquellos benditos tiempos! ¿Por qué no me habré quedado yo también con mi compañera? No lloraría ahora ... Pues bien. Hemos visto la correspondencia entre los tayiles y los linajes de nuestros indios reflejadas en los nombres de sus familias. Los tayiles que ostentan la relación mencionada, llevan también el nombre de *kümpém tayil* o simplemente *kilmpem*, vocablo que justamente significa el linaje, o traducido con alguna libertad, el apellido, ya que pasablemente, corresponde a nuestros apellidos, como hoy los usamos los euroamericanos.

La mayoría de aquellos *kümpem* son nombres de animales o reducibles a éstos a base de datos seguros que no cabe explayar aquí. Serían, por lo tanto, nombres llamados totémicos por los estudiosos del ramo.

Es difícil definir esta concepción de los mismos, ya que los estudiosos que usan el vocablo, no están concordados acerca de su contenido. Pero elevándonos libremente por sobre las divergencias, aunque en los araucanos de ahora no he dado con las luces deseadas, podemos decir que su esencia consiste en que los nombres totémicos responden a los animales de los cuales se dice descienden los respectivos

linajes. Una nota parcial de Havestadt, muy clara, corroboraría, en parte, esta concepción con relación a los araucanos. Recientemente, preguntando a Pablo Paillalef sobre su linaje, me respondió que era el *manque* (cóndor) elegido por sus antepasados, solamente en razón de admiración por esta ave.

Supongamos que así sea. Preguntaría yo entonces: ¿Cómo hemos de entender aquella descendencia, en sentido darwiniano o en algún otro?

Permítaseme que, aunque no fuese más que para variación de la lectura, inserte aquí una algo atrevida conjetura. Quiero con ello contrapesar de un solo golpe, las especulaciones totémicas, ya más que aburridoras, y la no menos atrevida conjetura darwiniana, sin tener en cuenta a sus impotentes imitadores, que quieren presentar como realidad lo que el maestro, sin lugar a duda, estableciera como calidad conjetural.

Los mismos darwinianos se opondrían a que el hombre descienda a un tiempo de los tigres, de las águilas, de las ballenas, y de otro número considerable de variadas alimañas. Yo no me opongo.

Para justificar mi posición distinguiré al hombre físico del hombre astral, y, en último término, espiritual, si se quiere. Cada uno de ellos siguió sus propios caminos de evolución.

Antes que apareciera el hombre material sobre la faz de la tierra, su astral ya había pasado por innumerables encarnaciones.

No diré que progresaba pasando a través de los innumerables cuerpos, porque con ello nada diría, ya que el progreso desde un punto de vista es inevitablemente retroceso desde otros muchos. El astral, o sea su alma en cada encarnación acumulaba cierta cantidad de experiencias que hacían mayores sus aptitudes, las que cada vez se diferenciaban más. Para poder aprovecharlas, buscaba como medios de reencarnaciones cuerpos provistos de cada vez mayor número de instrumentos que, por su parte también, iban diferenciándose.

Llegó el alma después de ignotos millones de millones a necesitar el cuerpo altamente dotado del hombre que, sin embargo, no era el hombre material de hoy, expresión de otra suma de aptitudes nuevamente adquiridas en continua evolución.

La última encarnación en cuerpo animal, responde al *kümpem* o apellido de cada linaje.

Todos los animales, como seres materiales, con alma de potencialidad humana, y el mismo hombre material, cambiaban poco a poco su forma primitiva. En el curso de esta evolución material correspondiendo a las necesidades del alma, diversificábanse en numerosas especies, de las cuales, unas, se extinguieron, y otras, más o menos transformadas, llegaron hasta nuestros días. Así como lo enseña el estudio de los fósiles.

Sabemos que hoy se reconoce, sin más, que una especie puede formarse de otras, pero hay órdenes, familias y hasta géneros enteros, que se resisten tercamente a todo correlacionamiento a base de los descubrimientos de los restos de antiguas vidas. La causa es sencilla. Responden a distintas creaciones, ya sea que éstas se hayan hecho con ayuda de seres superiores, ya sea por la simple capacidad plasmatrizadora de los astrales. Probablemente ambas causas tienen su parte en aquéllas.

Uno de los géneros refractarios a todas las tentativas de reducción es el hombre material, aparecido sobre la tierra, quizás en lo que se designa como era secundaria. Los dioses sólo saben por ahora, cuántos millones de años ha, que quien lo sabe a ciencia cierta, ya por ello mismo es dios. ¿Por qué es irreductible? Porque es producto de una creación particular, sin haber necesitado –como lo ha necesitado su alma– pasar por todas las formas minerales, vegetales y animales.

En vano os afanáis, ciegos ante la evidencia, y sordos a las razones. El hombre no proviene de especies simiescas. Al contrario, algunas de éstas que no procedan de creaciones particulares, quizás desciendan del hombre.

Es esta una conjetura sostenible por lo menos con razones equivalentes a las que forman el sostén de la conjetura darwiniana. Tanto tiene de sueño o de visión atrevida la una como la otra. Y no puede llamarse en serio hombre de ciencia y menos hombre sabio, quien no tenga en cuenta ambas en las interpretaciones de los descubrimientos, ya tan numerosos que aplastan y que ya empiezan a exigir especializaciones por géneros. Porque no es la multitud de los conocimientos parciales lo que nos lleva a la sabiduría, sino la facultad de encontrar la unidad en lo múltiple.

No es mi sabiduría la que expongo aquí; yo la he aprendido de otros mundos más sabios y solo le he dado un retoque, de acuerdo con mi propia mentalidad.

No tengo por qué argumentarla. Aún no ha llegado el tiempo propicio para ello. Que la conjetura se adelante en medio siglo, con un siglo o quizás más, al estado intelectual euroamericano de hoy.

Si se quiere saber por qué escribo estas cosas, algo distantes de nuestro hilo principal, diré que simplemente para demostrar qué proyecciones tremendas tiene el estudio concienzudo del indígena americano. Con ello a un tiempo acentúo su valer, sirviendo así, indirectamente, al fin que me propuse.

Volviendo a las creencias araucanas, no faltará quien note sus coincidencias con las creencias de otros pueblos de las más distintas partes del mundo, y hasta notables concordancias con el mismísimo cris-

tianismo. Son éstas y la extrema tolerancia religiosa del araucano, las que facilitan la aceptación del cristianismo por su parte aunque éste se reduce, por lo general, al bautismo y, cuando más, a alguna fórmula aprendida lorunamente y pronunciada sin la menor comprensión.

Las coincidencias menores de las religiones pueden deberse a la simple observación inmediata de cada pueblo, aunque no excluyen influencias mutuas entre ellos. Las concordancias superiores tan por encima hasta de la misma mentalidad cristiana de hoy, proceden de una sabiduría potentísima y antiquísima, revelada o conseguida por propios esfuerzos, ya en los tiempos de la Lemuria, que en su mayor parte yace cubierta por las aguas del mar Pacífico, quedando no sumergidos, pequeños territorios situados en todo el contorno de su circunferencia. Líganos, por lo tanto, de éstos, algo también a los argentinos.

En el estado de los conocimientos modernos, en cuanto llegaron a mí estas afirmaciones, no son atrevidas arbitrariedades, sino ineludibles postulados de la razón desapasionada, la única que merece el nombre de ciencia aun cuando, no pueda medirlo todo, contrariando con ello, las exigencias de nuestras ciencias oficiales. Estas son verdaderos criaderos de ignorancias, irracionalidades, insensateces, pedanterías, dislates, disparates, sandeces, necedades y estupideces.

Aún creo que a mi pobre paleta lingüística le faltan varios colores para completar la pintura de este cuadro realista que refleja el estado actual de la intelectualidad euroamericana.

Para redondear diré que, hasta donde he podido recoger noticias de las creencias de otros pueblos americanos, todas ostentan la hechura en el mismo molde. Conocer bien a una de ellas, es tener la llave maestra para todas las demás. ■

1 "Araucano" es nombre impuesto por el conquistador español. Actualmente se prefiere "Mapuche", denominación que este pueblo se da a sí mismo: "Gente de la tierra" (N.d.E.)

2 "Tehuelche": "Gente del sur". Nombre dado a los aoni kenk por los mapuche. (N.d.E.)

3 "Patagones" es el nombre impuesto a los aoni kenk o tehuelche por la expedición de Magallanes. (N.d.E.)

JUAN BENIGAR

Nació en Zagreb, capital de Croacia en 1883. En 1908 se trasladó a la República Argentina donde vivió muchos años entre los indios mapuches del Neuquén.

Profundo conocedor del alma indígena de esta parte del continente, contribuyó con sus trabajos a enriquecer el caudal de conocimientos humanos y a jerarquizar la ciencia de la cultura argentina en general y de la Patagonia en particular.

Los últimos 25 años de su vida los vivió en el valle del río Poí Puicón próximo a Aluminé. Falleció el 14 de enero de 1950.

Microficciones

María Cristina Ramos

EL LLAMADO

Cuando el teléfono estridía, él se deslizaba de la lámpara por el barandal del aire para atender la llamada. Pero siempre era para otro y el filo de la media conversación le rompía la esperanza. Otras veces, nadie se le adelantaba, pero cuando él extendía la mano, el teléfono dejaba de sonar. Entonces, para vencer su ansiedad decidió ocuparse. Trajo peces del río y los cultivó en las canaletas de desagüe que atravesaban el techo. Se le hicieron mansos los años. Sólo entraba a la casa cuando no había nadie. Por si sonaba el teléfono. Por si era para él.

29
◀▶

COSTUMBRES

No estaba conforme. Las maderas de la cabaña crujían, las puertas se desgajaban al menor roce, el espejo cayó y se multiplicó en miles de ojos. Por eso salió y decidió volver a hibernar en su vieja cueva, como todos los años.

OPUS

La araña que anidaba en el rincón del techo tenía almacenado un ovillo gigantesco. Era el resultado de siete laboriosos años en que sólo había dejado de tejer para alimentarse frugalmente, o para contemplar el rayo de luna que una vez por año la visitaba. Cuando dio la última lazada saludó a sus vecinos y se arrojó a la libertad del aire, detrás de la enorme burbuja blanquecina.

IHOLA!

Un día, como nadie lo llamaba, decidió llamar él. Marcó un número cualquiera y cuando lo atendieron no supo qué decir. Marcó otro y se obligó a hablar. Pero sólo consiguió decir palabras propias de su especie: brisa, beso, silbido, silencio. Palabras sibilantes de fantasma. El desprevenido interlocutor sintió un vacío en el pecho, como cuando veía a su abuelo fumar y quedarse mirando un punto preciso de la nada. Pero se recompuso, cortó, y siguió atendiendo al vendedor de seguros de vida.

NEALOGÍA

Los abedules nacen de semillas de álamos que han bebido agua caída durante un eclipse de luna. Disueltos en agua, los pedazos de luna vuelven en follaje, impulsados por el deseo de flotar otra vez en los brazos azules del aire.

PEOR CIEGO

Se ocultó en el sótano para esperar al fantasma. Se acomodó a lo largo de la línea en que la pared se besaba con el piso, y apoyó su cabeza clara en un redondel de sombra.

Cuenta que se durmió y que en el sueño una figura celeste subía y bajaba las escaleras, y cuando subía era mujer pero bajaba varón y al final se hacía polvo radiante enroscándose con avaricia en el rayo de luz que se filtraba por la cerradura. Y dice que fue una pena no haber podido descubrir al fantasma.

UNA MIRADA

Alguien. Una mirada, un con quien, antes de morir. Galileo, porque entendía, pudo entender también la obcecada ignorancia de la inquisición. No fue tan difícil abjurar del conocimiento ante una sarta de imbéciles y malintencionados. Pero hacia el final, en los instantes últimos, en la quietud íntima de la partida, buscaba. Buscaba aún una mirada, una ni que fuese, que lo acompañara a estar seguro de lo que sin embargo se mueve.

DIR

El hombre, marchito de vejez, había recorrido praderas y pueblos pidiendo. Le habían dado ropa, fruta, indiferencia; pero él sólo pedía un vaso de agua. Cuando consiguió que alguien lo escuchara, bebió con lentitud, sintió la espalda y se fue irguiendo cuan

alto había sabido ser. Después agradeció y levantó vuelo para alcanzar la bandada.

LA ESPERA

Tenía el rostro inmóvil de la espera. Lo rodeaban quienes más lo querían, pero nadie le contestaba.
–¿Cómo son? –volvió a decir el niño ciego–. ¿Cómo son las luciérnagas?

DESILUSIÓN

Los fantasmas no procrean –le dijo la hermana mayor. –¿No? –respondió ella–, e inclinó la cabeza como una flor triste y se quedó flotando en un silencio de opacada nube. Y se quedó haciendo en el aire los dibujos de cuento que sus manos hubieran hecho para su pequeño. Después buscó por los rincones del mundo los hilos sueltos que la gente olvida. Y se puso a tejer un camino larguísimo en punto cadena. Muchos eslabones suspendidos en la transparencia. Por si alguien alguna vez quería apoyar el pie o el ala, para descansar de la ligereza de ser aire en el aire.

CALADURAS

El hombre cala una sandía y del rojo cercano al corazón brota un niño. El niño crece, se cala una boina, entra a trabajar en una fábrica, organiza con los otros trabajadores una huelga para reclamar por sus derechos. La huelga cala hondo en el espíritu de la gente que derroca al dictador e intenta un gobierno más justo, para que todos tengan para vivir y, cuando sea necesario, se pueda calar una sandía. ■

*Microficciones pertenecientes a
La secreta sílaba del beso
2º Edición aumentada*

MARÍA CRISTINA RAMOS

Nació en Mendoza en 1952 y reside en Neuquén desde 1978. Se dedicó a la docencia en Instituciones Públicas y coordina talleres de lectura y escritura.

Ha publicado numerosos libros, entre ellos, *Un sol para tu sombrero*, *De barrio somos* (novela), *Del amor nacen los ríos*. Estas *Microficciones* pertenecen al libro *La secreta sílaba del beso* (2009).



RÍO NEGRO

Flechas

Luisa Peluffo

“A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos...”

Jorge Luis Borges – El Sur

A los veinte años, ella viajó y descubrió el pasado. En cada ciudad que recorría, había rastros o huellas de asentamientos primitivos. En Roma caminó por el foro, rozando con los dedos las piedras milenarias, en Sevilla vio cimientos de templos griegos bajo muros de arquitectura mudéjar, en Barcelona recorrió el Barrio Gótico, en París las arenas de Lutecia.

Al regresar a Buenos Aires, siguió con el impulso exploratorio, pero todo le parecía demasiado reciente.

–Aquí no hay pasado –decía.

Un día leyó un folleto de turismo que promocionaba excursiones de fin de semana. Una proponía: Visite las tierras de Coliqueo, Los Toldos, la Laguna de la Salamanca.

–Vamos –le pidió a su novio –aquí dice que Los Toldos se llama así por las tolдерías de los indios.

–Ya no hay indios –dijo él– los mataron en la Campaña del Desierto.

–¿Por qué tuvieron que matarlos...? ¿No podían civilizarlos?

–En Estados Unidos hicieron lo mismo.

–Mirá el ejemplo que me das... Igual quiero ir, me interesa, algún descendiente de Coliqueo debe quedar.

Al novio le gustaba la idea de un fin de semana en Los Toldos, los indios le daban lo mismo.

–Los Coliqueo eran mapuches, que quiere decir “gente de la tierra” ¿sabías eso, vos? –comentó ella después de buscar en la enciclopedia.

–No.

–Claro, porque “mapu” es tierra y “che” gente ¿y sabías qué quiere decir Coliqueo?

–Ni idea.

–“Pedernal moreno”.

–Mirá vos.

–...Ignacio Coliqueo – siguió leyendo ella en la enciclopedia – nació en Boroa (Chile) y fallecido en 1871 en la provincia de Buenos Aires. Famoso cacique y coronel del ejército argentino, se enroló con su tribu en el ejército del General Urquiza. Después de dar una mano para derrocar a Rosas, los Coliqueo fundaron un pueblo, destruido por otras tribus iguales, pero rosistas, en el sitio que habría de llamarse Los Toldos. ¿Increíble, no?

–Ajá.

Y decidieron largarse en el Citroën de segunda mano que habían comprado hacía poco.

–Llevo esta valijita –anunció ella arrastrando una valija como para una expedición a los ranqueles.

–Si no llevo valija es como si no viajara –agregó, al acomodarla en el asiento de atrás.

Pero en Los Toldos no había nada que indicara que por allí habían andado los Coliqueo. Tampoco había hotel, sólo una casa de ladrillos, con la esquina en ochava, que decía “Hospedaje”. Entonces siguieron hasta Junín. Allí tampoco había vestigios de toldos o tolderías. A las cansadas encontraron un “residencial”. La cama de dos plazas, cubierta con una colcha de satén colorado, ocupaba casi toda la habitación y lo que se veía de alfombra era marrón con arabescos amarillos, pero ella tuvo oportunidad de abrir y cerrar su valija y se durmió con la esperanza de que en algún lugar, por ahí cerca, tenía que haber rastros de los Coliqueo.

Al día siguiente volvieron a Los Toldos, él detuvo el Citroën en la estación de servicio. Un hombrón corpulento, morocho, estaba al lado del surtidor.

–Preguntale –dijo ella.

Él se bajó, pidió combustible y se puso a revisar las cubiertas, pero

no averiguó nada. Entonces, mientras el hombre cargaba el tanque, ella subió la aleta de la ventanilla y le preguntó:

–¿Usted sabe por dónde quedan las tierras de Coliqueo?

– ¿Lo qué?

–Las tierras de Coliqueo –repitió ella y le mostró el folleto.

–Yo soy Coliqueo –contestó sorprendentemente, tocándose el pecho.

–Pedernal moreno –murmuró ella.

–¿Cómo dice? –preguntó él.

–No, nada –le contestó. Y trató de imaginarlo con un caballo y una lanza, pero no pudo. En cambio recordó la vez que había ido a un restorán del Abasto. Actuaban grupos folclóricos y montando guardia a los costados de la tarima –donde unos supuestos gauchos zapateaban un malambo– había dos hombres muy parecidos a éste. Tenían el pecho desnudo y miraban fieramente hacia adelante; el pelo oscuro, sujeto con una vincha, les llegaba a los hombros. Cada uno empuñaba una lanza con una flecha de piedra amarrada a la punta. También recordó que cuando quiso ir al baño tuvo que sortear la tarima y pudo observar a uno de ellos bien de cerca. En el brazo musculoso que aferraba la lanza tenía una curita color carne.

–La que supo nacer aquí fue la Eva –dijo Coliqueo, interrumpiendo el recuerdo. El surtidor dejó de hacer ruido.

–¿Sí?

–Sí, en La Unión, la estancia de don Duarte –se agachó para ajustar la tapa del tanque de nafta– mi familia supo trabajar en ese campo.

–Ah.

–Aquí hay muchos Coliqueo –le informó, restregándose las manos con un trapo sucio –¿le limpio los vidrio?

Después, ella y su novio siguieron hasta la Laguna de la Salamanca, que es una laguna igual a cualquier laguna de la provincia de Buenos Aires y a la tarde pararon en un convento de monjes benedictinos, donde compraron queso de tambo y dulces caseros y visitaron la capillita, que fue lo más antiguo que encontraron.

Al año se casaron y fueron de viaje al sur. Acamparon en el Valle Encantado, a orillas del Limay y al clavar una de las estacas de la carpa, ella encontró una punta de flecha. Ahí estaba el pasado. Decidió guardarla, como un talismán.

Esa primera noche, el rumor y el fluir centelleante del río en la oscuridad los hizo sentir parte de su misterio y no durmieron. No quisieron.

Se dejaron amanecer en suspenso, como el vapor irreal que se iba formando sobre el agua.

La leyenda asegura que si te bañás en el Limay, volvés a este lugar, dijo él, el día antes de levantar campamento. Entonces, vigilados por las figuras que esculpe el viento en los murallones de piedra, se sentaron en la orilla, se sacaron los zapatos y sumergieron los pies en el agua transparente.

Regresaron a Buenos Aires con desgano. Al poco tiempo tuvieron un hijo: Nahuel, y volvieron al sur. Esta vez para quedarse. Él construyó una cabaña en el lago Gutiérrez y ella escribió un libro y plantó dos abedules. Y tuvieron otro hijo: Pehuén.

Esos primeros años, a mediados de diciembre, cruzaban la Patagonia para pasar “las fiestas” en Buenos Aires con la familia.

Una vez, al regresar de la tórrida expedición, se detuvieron en Piedra del Águila. Arrimaron el auto bajo unos árboles, al borde de un potrero donde pastaban mansamente unos caballos. Querían descansar un rato, comer algo y sobre todo, liberar del encierro a los chicos.

Nahuel, abombado por el calor y las horas de viaje, preguntó si faltaba mucho para llegar a Bariloche. Pehuén se despertó y se largó a llorar.

Ella buscó su bolso en el asiento de atrás, lo bajó, lo abrió y sacó la mamadera con agua. Además del agua, acarrea de todo en ese bolso: sándwiches, galletitas, toalla, colonia, papel higiénico y hasta el alhajero, por si durante su ausencia entraban ladrones en la cabaña.

Estiraron las piernas, comieron, y cuando estaban acomodando las cosas en el auto, lo vieron a Pehuén corriendo alborozado hacia los caballos. Largaron todo y corrieron detrás. Lo agarraron justo antes de que se metiera entre las patas de un tordillo. Volvieron al auto y siguieron viaje.

Al llegar al Valle Encantado, a mitad de camino entre Piedra del Águila y Bariloche, ella buscó el bolso en el asiento de atrás. No estaba. En el asiento de atrás no había ningún bolso. Todavía hoy siente una cosa en el estómago al acordarse. ¡No está! Gritó. Fijate en el baúl, dijo su marido, deteniendo el auto en la banquina. No lo guardé en el baúl, contesta ella. Y ahí otra punzada. No lo guardé, repite, se quedó en Piedra del Águila. Igual corrió a mirar adentro del baúl. No. No está. Lo dejamos en el camino, al lado del auto, cuando salimos corriendo detrás de Pehuén. Volvamos.

Él pone en marcha el motor y encara el regreso a Piedra del Águila. Nahuel pregunta: ¿falta mucho para llegar a Bariloche? Pehuén, la mejilla húmeda contra el pecho de ella, se queda dormido.

Aunque tiene esperanzas no quiere pensar. Pero piensa: el relojito, el collar de perlas de la tía Ema, la gargantilla de la abuela, la medalla de su

primera comunión, el broche de su mamá y el anillo de oro. También la punta de flecha que encontró en su primer viaje, a orillas del Limay.

Llegan al lugar, todavía están las huellas del auto, pero ni rastros del bolso. Hay unos ranchos ahí cerca. Van, baten palmas y los perros ladran. Unos chicos asoman sus caras ardidas, con rastros de tierra y mocos. Los chicos que se crían en la Patagonia siempre tienen tierra y mocos en la cara, piensa ella, también los suyos. Preguntan. Nadie sabe nada.

Oscurece cuando regresan. Ahora la Patagonia se abre gris y hostil a los lados de la ruta. Su marido pregunta qué había en el bolso. Ella todavía no le ha dicho que estaba el alhajero. Se lo dice. Él pregunta qué había en el alhajero. Cuando dejan atrás el Valle Encantado, ella llora en silencio.

Ya en Bariloche sigue con una desazón difícil de explicar. Como si bruscamente se hubiera cortado el cordón invisible que la aferraba a su pequeño mundo conocido. A veces, todavía le vuelve esa congoja.

Él no entiende. Son cosas, intenta consolarla, nada más que cosas...

Muchos años después –los hijos ya son hombres– en un interminable viaje, cruzando la estepa patagónica rumbo a Madryn, ve un cartel al costado de la ruta:

MAUSOLEO DEL CACIQUE INACAYAL

Entonces retrocede y guía el auto por una huella que conduce al pie de una loma. Allí, en medio de la inmensidad terrosa, está emplazado el monumento. Baja del auto y trepa la cuesta. Arriba encuentra una precaria construcción, abandonada y destruída.

Inacayal... No sabe qué quiere decir el nombre del cacique. Vuelve a la ruta. Mientras va acelerando se acuerda de Pedernal Moreno y de cuando buscaba las tierras de Coliqueo.

Al llegar a Paso de Indios, se detiene para cargar nafta. Como Piedra del Águila, como la mayoría de los pueblos patagónicos, Paso de Indios está atravesado por la carretera y sus pocas casas, cuadradas y sin revocar, se agrupan a los costados.

En la estación de servicio, al lado de los surtidores, una vieja y un chico ofrecen algo en una caja. Algo que venden a los turistas. Ella se acerca. La vieja –inmóvil, indiferente– sostiene un cartel que dice: "Flecha mapuche 4 peso".

–Las hace la abuela, pa usar como colgante –dice el chico–, y revuelve el montón de puntas de flecha hasta seleccionar una.

–Para usted –dice, y le sonrío. ■

LUISA PELUFFO

Nació en Buenos Aires y cursó estudios en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Se radicó en San Carlos de Bariloche, en 1977.

Obtuvo numerosos premios.

Obra editada:

2009: *Nadie baila el tango* (novela)

2005: *Me voy a vivir al sur* (*Manual de instrucciones*)

2001: *Un color inexistente* (poemas)

1993: *La doble vida* (novela)

1991: *La otra orilla* (poemas)

1989: *Todo eso oyes* (novela)

1989: *Conspiraciones* (cuentos)

1983: *Materia de revelaciones* (poemas)

1976: *Materia Viva* (poemas)

Relatos

Elías Chucair

EL COLLI MACUÑ

39
◀▶

Aquella mañana de marzo, como lo venía haciendo dos o tres veces por semana, y también porque es necesario, salí a dar una recorrida por el campo.

Cuando monté a caballo y enfilé pa'l norte, mi mujer ya estaba en la cocina preparando la masa para hacer las tortas, mientras los muchachitos todavía no daban señales de vida... "Ya tendrán años por delante para madrugar y cumplir con las obligaciones que les imponga la vida; ¡ahora pa' qué se van a calentar! Además, qué se les puede pedir a dos chicos de siete y ocho años... Sin embargo, ayudan bastante y no sacan el cuerpo cuando uno los manda pa' que hagan algo".

El sol amagaba despacito detrás de las lomas altas que corren por el naciente y algún que otro pajarito, medio entumido, se sacudía las alas y preparaba el pico para saludarlo.

Mis dos perros iban olfateando las partes bajas de los neneos y coirones que bordeaban la huella angostita, marcada de tanto pasar de a caballo... Como si se hubieran puesto de acuerdo, uno metía el hocico en las matas de la derecha y el otro en las de la izquierda. Todas estas cosas uno las va descubriendo mientras marcha observando detenidamente qué va pasando en los alrededores.

Arriba de una mata grandota de michay, que este último enero no dio nada de frutos, descansaba un ñanco que ni se mosquió a mi paso. Me daba de lleno el pecho y según los que saben, eso arrima suerte pa' todo el día. La única suerte que veníamos esperando, era que cayera un buen aguacero. El campo estaba hecho una calamidad por la sequía y los animales daban lástima por demás. Desde el invierno que no llovía en forma y los vientos y los calores de la primavera y el verano lo han resecado todo. Ni crianza hemos tenido pa' señalar... Las chivas y las ovejas madres estaban secas y las que parían, aguachaban enseguida.

Cuando llevaba una hora escasa de andar recorriendo el campo, me encontré con varias chivas lanudas enredadas en las matas de "uña de gato", de flacas las pobres, no podían escaparse. Allí eché de menos el cuchillo. Nunca me había ocurrido algo parecido. Salir al campo sin ese elemento tan necesario, ya es el colmo de los colmos...; venirme a pasar eso... ¡Como si fuera un gringo!

Descubrir esa falta y volver sobre mis rastros, fue una sola cosa... Esas pobres chivas flacas no podían seguir allí, enganchadas, y pa' peor, sin fuerzas.

Hace unos años, mi vecino Huenchumán, por andar jodiendo en los boliches del pueblo, después de unas carreras grandes, cuando volvió a las casas y salió a recorrer el campo se encontró como con diez chivas muertas, prendidas en la "uña de gato", que es muy traicionera... Los animales empiezan a meter el hocico para sacar algún pastito y cuando se descuidan se les enreda el pelo en las ramas. Pa' no perder todo, Huenchumán esquiló a las chivas muertas, ahí nomás... ¡si tenían el pelo como un gеме de largo y era una lástima desaprovecharlo!

Ni bien aparecí en las casas, con la mirada nomás me preguntaban por qué pegué la vuelta tan ligero... "Por chambón nomás que soy", les contesté antes de que abrieran la boca. Arrimé el caballo al bebedero y le aflojé la cincha, como para pegar la vuelta enseguida.

Ni bien compuse el cuerpo con unas tortas fritas, recién sacadas de la olla y media docena de amargos, como pa' asentarlas, me calcé el cuchillo en la cintura y até a los tientos del recaó una tijera de esquilar y una bolsa para juntar el pelo de las chivas.

Promediaba el día cuando el tranco firme de mi tordillo, ya estaba andando nuevamente en la huella. El día estaba templado y el sol apenas levantaba un poco de calor, era propiamente un día del otoño que se había adelantado a los hechos. Este año el clima fue muy variable, pero por demás seco... Así también están los campos y los pobres animales. En esas condiciones no creo que pasen el invierno, salvo que alguna buena lluvia caiga en estos días y haga aparecer un poco de verdín pa' cambiar las cosas.



Casi sin darme cuenta, porque a uno le entran a andar los pensamientos por la cabeza, ya llegaba al sitio donde estaban las chivas... Sin embargo, durante un buen rato creía estar viendo visiones... No podía creer en lo que estaban viendo mis ojos... Las diez chivas que estaban enganchadas en las ramas, andaban liberadas en las inmediaciones, y lo más curioso del caso, como si hubiera ocurrido una cosa de brujería, era ver que al pie de las matas de "uña de gato" estaban las manchas de pelo de las chivas, como si alguien les hubiera cortado las partes enredadas.

Desde arriba del caballo me puse a observar hacia distintos rumbos, pero no había movimiento alguno, ni veía a nadie en las cercanías. Tampoco nada despertaba la atención de mis perros.

Era cosa de no creer, cómo pudo haber ocurrido todo aquello y quién pudo haber hecho eso en un par de horas solamente.

Me bajé del caballo y me puse en el trabajo de juntar los montoncitos de mechales desparramadas entre las matas y allí, sin menos asombro, pude descubrir que sobre la arena estaban bien marcados los rastros de pisadas humanas muy chicas, que no pasaban de una cuarta de mi mano. Pude observar que las huellas se repetían alrededor de los coirones y de las matas donde habían estado enganchadas las chivas y que finalmente se dirigían hacia una empinada barda, donde abundan las guaridas naturales entre las rocas.

Sin salir de mi asombro, até la bolsa con el pelo a los tientos, apreté la cincha del recado y otra vez me puse en movimiento para completar la recorrida del campo.

Mientras el tordillo seguía como de memoria por la senda angostita que esquivaba matorrales, y los perros se divertían corriendo pichones de liebres, mi pensamiento retrocedía muchos años y recordaba cuando los viejos nos contaban algunas historias, como la del "Colli Macuñ", por ejemplo... Esa especie de hombrecito, que siempre andaba con su poncho colorado, escondido en las sierras y que le cuidaba los animales a la gente que era buena y trabajadora... ■

EL MANCHA

A cuatro días de su muerte aún están los recipientes del agua y de la comida con restos, como si estuvieran esperando que el *Mancha* venga a meter el hocico.

En su anteúltimo día lo encontré tirado junto a la vereda, frente a la puerta del zaguán. Estaba como bajo los efectos de un profundo

sueño, ni quería despertarse. No tenía ni ánimo para sacarse las moscas de encima, las que transitaban perezosamente por las partes más insólitas de su cuerpo. Parecía que quería morir junto con la tarde. El sol ya terminaba su jornada detrás del Anecón, imponente a la distancia.

Con el agitar de un diario que llevaba en aquel momento, lo liberé del martirio repugnante de las moscas, pero a él no le interesaba nada. Intenté ponerlo de pie, pero fue en vano. Sus patas no tenían fuerzas suficientes para sostenerle el peso del cuerpo.

No obstante ello, una media hora después, cuando iba a buscar la manera de trasladarlo hasta el patio, porque ya se acercaban las sombras, pude observar cómo se las ingeniaba por sí solo y sacaba fuerzas no sé de dónde para ir donde yo quería que fuera, a su reducto de siempre, para pasar la que sería su última guardia en el patio.

Durante toda aquella noche no sentí sus movimientos... el *Mancha* prácticamente ya no existía... Sus quince años de perro bastante rebelde y agresivo con algunos, porque él tenía sus enemigos, se iba apagando.

Así y todo, al día siguiente, con ciertas dificultades, se movía por el patio y hasta logró cruzar la calle y llegar a la vereda de enfrente. Quizás, en ese momento, realizaba el último esfuerzo para darle el gusto a ese espíritu un tanto atorrante que guardan casi todos los perros... Y allí se tendió bajo los árboles... Era la hora caliente de la siesta y pensé, equivocado por cierto, que estaría superando el mal momento que lo estaba venciendo.

Pero no, no fue así. Una hora después, nuestra vecina Berta, con un brillo de lágrimas en sus ojos y con la voz quebrada, vino a avisarme que el *Mancha* se estaba muriendo. Temblaba todo su cuerpo, pese al intenso calor que invadía todos los rincones de la tarde.

Y de allí logramos sacarlo para que terminara su agonía en el patio, en su reducto de siempre, donde él regenteaba, en su aguantadero de perro a veces de malevo. Allí cerró definitivamente sus ojos... uno oscuro y el otro claro.

Luego, Darío y Herminio se encargaron de que la tierra lo reciba en su seno. Quizás algún día, cuando se haya integrado a ella, aparezca una mata silvestre, un yuyo con su sabia alimentada por el *Mancha*. Y allí se quedó para siempre, bajo la piel del suelo, junto a un olmo verde que en las tardes le tirará su manchón de sombra.

No estaba Elsa, que se ocupaba de su alimentación y alguna atención a su salud; ni Claudia, quien ejercía su propiedad.

Tenía su misma edad. Cuando era muy pequeña se lo traje del campo.

Su pelaje tenía manchas de distintos colores, parecía la paleta de un pintor.

Me lo había regalado un viejo solitario que vivía únicamente acompañado con sus perros, don Juan Quinchahuala. Aquel cachorrillo era muy distinto a sus cuatro hermanos que quedaron allá en Cabestro Quemado; tenía ese colorido que lo distinguía, y como si fuera poco, un ojo zarco, con el color del cielo. Cuando aquel hombre me lo dio, tuve la sensación de que el viejo se desprendía de uno de sus propios hijos.

No podré olvidar nunca el brillo de lágrimas en los ojos de la buena vecina Berta, ni su voz que se quebraba, cuando llegó para darme la noticia...

Es que el *Mancha*, era también un celoso vigilante de su casa y recibía muchas veces de sus manos alimentos y cariños, a cambio de esa lealtad insobornable que los perros suelen brindar a quienes los atienden y los quieren.

Por muchos años, la calle transversal, ese trozo de la 12 de Octubre, había sido de su propiedad. Nuestro portón y el de enfrente, precisamente el de Berta, estaban defendidos por un valiente, con un celo hasta el punto de ser capaz de mostrar con ferocidad sus dientes. Él sabía batirse solo contra quienes le transmitían desconfianza y los veía sospechosos de malas intenciones. Su afilada intuición de perro a veces se equivocó y pagaron inocentes con un tremendo susto... Los jueces que administran justicia también se equivocan, cómo no le iba a suceder al *Mancha*.

Su último mes fue como de renunciamiento a la vida y a su condición de guardián incondicional... había bajado la guardia...

La suma de los años y las secuelas que le dejaron algunas peleas con otros perros le fueron gastando la vida... A la dureza del basalto también la deteriora el paso del tiempo.

A cuatro días de su muerte, aún están los recipientes del agua y de la comida con restos, como si estuvieran esperando que el *Mancha* venga a meter el hocico. ■

LOS BRUJOS CATRILEO

Segundo Calfín, que muchas veces había hecho alarde de haber enfrentado anchimallenes y luces malas, no quiso saber más nada de seguir trabajando en el campo de los Catrileo.

En reiteradas oportunidades y desde muy muchacho, venía escuchando decir que esa gente era bruja y que tenían al huitranalhue; pero como en el pago a veces se dicen cosas que no

son ciertas o le dan forma a las suposiciones, mayormente no les daba importancia a los rumores.

Los hermanos Catrileo eran dos personas ya entradas en años, con familia constituida cada uno, y explotaban en común unas cuatro leguas de campo, precisamente en un lugar donde la meseta patagónica comienza a confundirse con las primeras estribaciones de la cordillera, sitio conocido como El Montal.

Estos Catrileo nunca se habían integrado totalmente con la comunidad de la zona; o quizás ésta no se acercaba a ellos, por eso de que alguien echó a rodar la versión de que eran brujos y que tenían un pacto con el gualicho para tener huitranalhue.

Muchos ataban cabos y se preguntaban a sí mismos cómo en los años de grandes nevadas o de largas sequías, los Catrileo no perdían animales y hasta tenían muy buenas señaladas.

Lo cierto es que aquella tarde se encontraron en el boliche de Las Bayas, donde también funcionaba la estafeta postal, uno de los Catrileo, el Severo, con Segundo Calfín. Allí, el primero le ofreció trabajo por unos tres meses, reparación del alambrado que la reciente tormenta dejara en malas condiciones. Como los trabajos propios del verano habían concluido, Calfín aceptó el ofrecimiento. Una semana después, desensillaba el montao y bajaba las cosas del caballo pilchero bajo los grandes sauces que tiran su sombra sobre el patio de los Catrileo, ubicado en el medio de dos construcciones de adobe, prolijamente revocadas, donde vivían las dos familias. A Calfín le destinaron para que habitara durante ese tiempo, una pieza y cocina no muy alejadas de los caserones, con la condición de compartir, si lo quería, las comidas con los dueños de casa; en caso contrario, él debía prepararse su alimentación.

Si bien Calfín se movía con cierto recelo, por lo que había oído decir, alternaba con las dos familias y compartía tempranas churrasqueadas y cenas, sin observar nada fuera de lo común en aquella gente.

El recién llegado comenzó a realizar los trabajos convenidos, en forma normal, y sin obstáculo alguno. En verdad, la reciente tormenta había provocado muy serios destrozos en el alambrado que lindaba con el campo del Cerro Moro, propiedad de un árabe acriollado y bien identificado con todas las costumbres de nuestros campesinos.

Pero una tarde, mientras iban a degollar un capón, un hecho muy curioso le llamó poderosamente la atención a Calfín... Uno de los muchachitos se fue corriendo hasta un reducido habitáculo de adobes, ubicado solitariamente al costado de una de las casas, y abriendo la pequeña puerta, trajo de inmediato un plato, en el que luego deposita-

ron la sangre que manaba el animal. Instantes después, cuidadosamente, sin que se volcara nada, el mismo chico dejó en su primitivo lugar el plato de referencia, cerrando la puerquita de chapa.

Todo se fue desarrollando como cosa normal y acostumbrada, sin que mediara indicación alguna de parte de la persona mayor hacia el muchacho que cumpliera con ese cometido.

Una tremenda curiosidad comenzó desde aquel momento a inquietar a Calfín... ¿Para quién podría ser el plato de sangre que se llevara a ese lugar? era el interrogante que se formulaba a sí mismo.

Cuatro días después, en oportunidad de carrear un borrego, se repitió exactamente la misma operación, sin que se modificara nada... Circunstancia que profundizó aún más su punzante intriga.

Al día siguiente, domingo... luego de lavar algunas prendas y tenderlas bajo el tímido sol de otoño, Calfín se puso en la tarea de repararle un poco de grasa a sus sogas, cosa que no se le desmejoraran. Imprevistamente, jugando con un cachorro de ovejero, se le acercó el muchachito que el día anterior anduviera con el plato de sangre. Un tanto sorprendido, no sabía qué hacer para retenerlo cerca, pero la curiosidad del pequeño lo acercó aún más todavía, para preguntarle dónde había conseguido esos hermosos estribos, que el hombre reparaba prolijamente con grasa.

No pudiendo dilatar más su inquietud, Calfín cortó por lo derecho y le preguntó sobre aquello del plato que tanto lo había intrigado; a lo que el muchachito le respondió que era para el huitranalhue que viene de noche a tomarla. Y como si hubiera cometido un grave acto de indiscreción o infidelidad, regresó corriendo a la casa.

Aquí el hombre se dio cuenta de que estaba ante un hecho curioso y que verdaderamente las versiones que circulaban sobre los Catrileo, tenían algunos asideros y fundamentos... Por algo siempre comienzan a decirse cosas y no obedecen simplemente a inventos, deducía en sus conclusiones.

Apenas se enteró de aquello, se propuso pasar la noche en pie, aunque al día siguiente no sirviera para nada. En el peor de los casos simularía un estado gripal o algo parecido.

Como de costumbre, luego de cenar en familia con uno de los dueños de casa, se retiró a descansar, dejando la partida de truco para otro día, argumentando que lo esperaba una dura jornada de trabajo. Pero él estaba firmemente dispuesto a mantenerse despierto... Lo acosaba el filoso puñal de la curiosidad.

La cocina que ocupaba temporariamente, tenía una ventana que

apuntaba hacia el misterioso y pequeño habitáculo de adobes, el que tendría dos metros de largo, por uno de ancho y otro de altura.

Luego de transcurrida una media hora, el hombre apagó el candil y se plantó detrás de la ventana. La noche era muy clara. Una enorme luna llena proyectaba tanta claridad que apenas se azulaban las sombras y se distinguían casi nítidamente todas las cosas de los alrededores.

El hombre de pie, inmóvil, con los ojos expectantes, no quería perderse ningún detalle de movimientos que pudieran producirse en las inmediaciones.

Los perros, una media docena, cada tanto se ponían nerviosos, parando las orejas como si quisieran captar el origen de esos ruidos nocturnos que a veces no se sabe de qué son o de dónde parten.

Los gatos, gruñendo con rabia y rayando el suelo con sus uñas, se buscaban camorra y trepaban fácilmente, como si nada, por los paredones para llegar hasta la altura de los techos.

De pronto, los ojos de Calfín se abrieron enormemente y se clavaron en una figura oscura, similar a la de una persona, que portaba un palo en sus manos y avanzando por el costado de las casas se dirigió hacia el pequeño habitáculo.

Los perros y los gatos que estaban en movimiento, se echaron de inmediato, quedando como hipnotizados y sin dar señales de vida.

Aquella figura oscura, igual a la de un hombre exageradamente alto y delgado, acostándose en el suelo se introdujo por la pequeña puerta al interior del habitáculo y antes de que transcurriera media hora abandonaba el lugar para alejarse por el mismo sitio que hiciera su aparición.

Calfín estaba paralizado como los perros y los gatos. El hombre del cual decían que había enfrentado anchimallenes y luces malas, sentía un sudor frío que le mojaba el cuerpo y un temblor se le había instalado en las rodillas.

Tras el siniestro episodio que observara, todo fue volviendo a la normalidad anterior. Los perros se ponían de nuevo en movimiento, mientras que los gatos reanudaban sus corridas y trepadas a los techos.

Dos o tres veces lo asaltó la tentación de ir hasta el sitio donde el plato de sangre para ver qué había ocurrido con él, pero algo que no tenía explicación frenaba sus intenciones. Por otra parte, su presencia en el patio a esa alta hora de la noche provocaría el alboroto de los perros, lo que despertaría a los dueños de casa. Bajo ningún punto de vista era aconsejable llevar adelante la patriada de ir a curiosear qué había sucedido... Y quién sabe cómo iba a ser tomado por los Catrileo algo así.

Las primeras claridades del día, lo sorprendieron caminando nerviosamente de la cocina a la pieza y viceversa. Le había resultado imposible acostarse para entregarse al descanso que estaba necesitando.

Cuando los hermanos Catrileo ataban las mulas a un carro para trasladar algunos materiales al lugar de trabajo, se les acercó Calfín para pedirles que le arreglaran las cuentas.

Una hora después, montado en su zaino y llevando el caballo pilchero de tiro, el hombre que tenía una aureola de corajudo, se iba camino de su rancho.

Tiempo después, en el boliche de Las Bayas, le escucharon decir que a los Catrileo nunca más les volvería a trabajar. ■

ELÍAS CHUCAIR

Nació en la localidad de Ingeniero Jacobacci, Río Negro en 1926 donde reside actualmente.

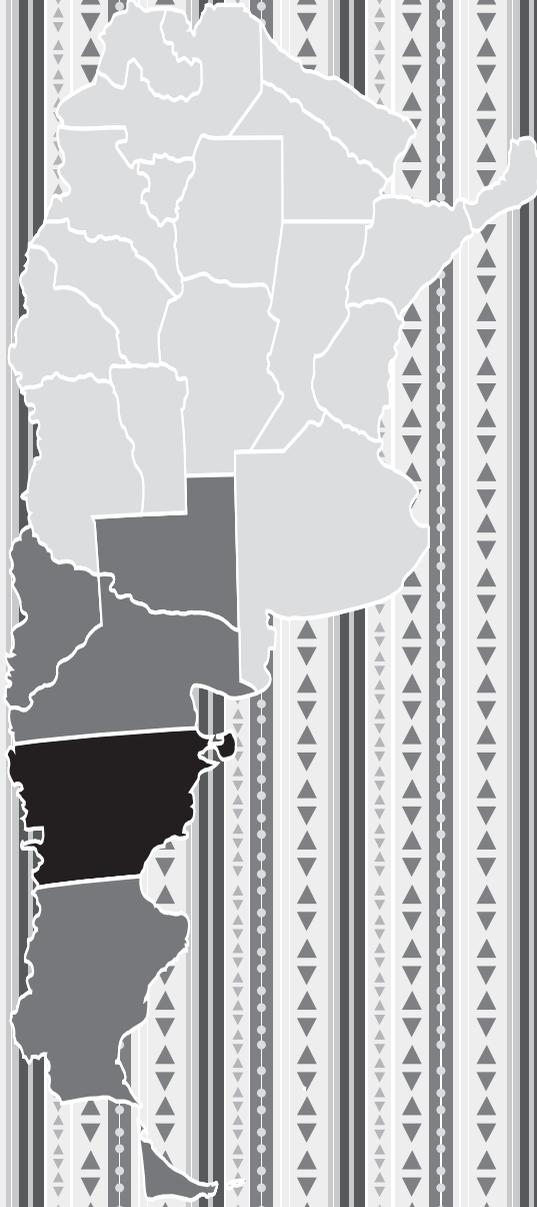
Obtuvo a la fecha Premios Provinciales y Nacionales.

Autodidacta. Posee únicamente estudios primarios. Desde 1949 a 1958 fue corresponsal del Diario *Esquel* del Chubut, ha colaborado en *Hora 6*, *Argentina Austral* y otros órganos periodísticos. En 1953, fue premiado en los "Juegos Florales del Chubut" y en 1960 en las "Jornadas Culturales" de Río Negro. Desde 1969 hasta 1990 estuvo a cargo de la Dirección del Museo de Ciencias Naturales e Historia Regional "Jorge H. Gerhold" de Ingeniero Jacobacci (Ad-honorem). Es uno de los creadores de la "Fundación Ameghino" de Río Negro. Fue Diputado Provincial en los dos primeros períodos legislativos de Río Negro; e Intendente Municipal de Ingeniero Jacobacci, 1970 al 1973. Tomó parte de la primera filial de S.A.D.E. en Río Negro e integró la Federación Rionegrina de Escritores.

Obras publicadas: 1969: *Bajo Cielo Sur* - 1970: *Sur Adentro* - 1974: *Desde Huillimapú* - 1977: *Con Viento Patagónico* - 1979: *Con Grillos y Silencios* - 1980: *Tiempo y Distancia* - 1984: *La Inglesa Bandolera y otros relatos* (2º edición 1996, 3º 2003) y *Ayer Aquí, desde 1984, 32 fascículos a la fecha.* - 1985: *El Maruchito hacedor de milagros* (2º edición 1997) - 1986: *Cuentos y Relatos* - 1989: *Hombre y Paisaje* - 1991: *Partidas sin Regreso de Arabes en la Patagonia* (2º edición 1993, 3º 2000) - 1994: *De Umbral Adentro* - 1998: *El Collar del Chenque* - 1999: *Acercando Ayeres* - 2001: *Dejaron Improntas* - 2003: *Rastreado Bandoleros* - 2004: *Anécdotas de un Rincón Patagónico.*

En los años 1984 y 1985 obtuvo el 1º y 3º "Premio de la Canción Patagónica" en Comodoro Rivadavia, Chubut.

Fue nominado entre las personalidades del 2000 en el *Compendio Biográfico de Neuquén y Río Negro.*



CHUBUT

Mensajes al Poblador Rural

POEMAS HUMANOS

Jorge Spíndola

* Para Néstor y Teófilo en zona de Lobos, Andrés comunica que llegará a la tranquera antes del atardecer.

Las radios AM de la Patagonia los tienen incorporados a su programación desde hace más de cuarenta años. La constante y puntual emisión de *El Mensajero al poblador rural* es uno de los soportes necesarios de los vínculos familiares y sociales de muchos habitantes del extenso territorio patagónico, sobre todo de aquellos que viven en la meseta central.

Su lenguaje cotidiano, sus códigos y temas, construyen una “oralitura” (como dice el poeta Elicura Chihuailaf) que es parte de la identidad rural/urbana de la región. El siguiente trabajo propone un acercamiento al “mensajero” desde su propio lenguaje: un entramado poético de voces y de culturas que cuestiona los tópicos dominantes sobre el vacío y el silencio patagónico.

CARTAS RADIALES

Durante todos estos años *El mensajero* ha estado allí, en lugar y horarios precisos como esos colectivos que van y vienen cada semana por los caminos polvorientos de la estepa: llegando siempre, sin estridencias, con su infinita carga de humanidad.

El Mensajero al poblador rural se emite por radios AM de la región como LU 20, LU17, LU 4, LRA9, Radio Nacional Esquel y otras; seis

veces al día, desde hace más de 40 años y constituye el más importante (y en muchos casos el único) nexo comunicativo de los habitantes campesinos con las ciudades y entre sí.

La larga permanencia en el aire no ha fosilizado su discurso, por el contrario, ha ido cambiando, modificando su recepción y sus márgenes de interés. Ha desarrollado un entramado de voces por momentos poético, con un lenguaje y registros propios. Para los frecuentes usuarios es natural hablar de “lo convenido”, “lo acordado”, fórmulas establecidas y necesarias para preservar cierta privacidad ante la exposición pública y masiva de la radio:

** Para Juan Sepúlveda en establecimiento La Aguada su hermano le comunica que el martes irá por lo convenido, le pide que sean cuatro.*

** Para Emilio Williams en zona del Mirasol se le comunica que lo hablado queda sin efecto. Firma Ceferonio López.*

Uno de los rasgos de *El mensajero* es, justamente, esa flexibilidad de registros que le permite ser el soporte de verdaderas “cartas radiales” que abarcan tanto la vida privada y familiar de las personas como los más formales vínculos institucionales, sociales y laborales:

** Para pobladores de zona del Pajarito se les comunica que la reunión será el miércoles a las 11 en establecimiento los Tamariscos.*

** Para Carlos Tramaleo en Meseta Somuncurá se le comunica que su hermana Elva está en Traguaniyeo, el día martes van a Comicó. Aquí todos bien.*

LA CIUDAD Y EL CAMPO

El cruce del lenguaje familiar con el discurso público/ institucional ha sido un rasgo frecuente; en principio por parte de organismos públicos como Vialidad Provincial con los informes acerca del estado de los caminos, sobre todo en la dura época invernal pero también las escuelas y hospitales rurales, los registros civiles volantes, o las parroquias:

** La comuna rural de Lagunita Salada comunica a los pobladores que el viernes estará atendiendo en esa localidad un equipo volante del Registro Civil para iniciar todo tipo de trámites. Estarán acompañados por un fotógrafo que sacará fotos para DNI. Firma Omar Ancamil, presidente de la comuna.*

** El director del Hospital zonal de Gan Gan comunica a la población de Chacay Oeste y alrededores que el miércoles habrá atención en el puesto sanitario.*

** La comunidad cristiana de Gastre invita a participar de la mateada del miércoles a las 17 horas para festejar el día del amigo.*

** A los vecinos de Fofo Cahuel se les comunica que el próximo domingo habrá celebración litúrgica a las 11.*

A estos mensajes, propios del territorio rural y de sus cabeceras, ubicadas en las ciudades de la costa o la ciudad de Esquel, se han sumado paulatinamente en los últimos años “cartas” de instituciones o empresas de las ciudades que tienen como receptores a los habitantes urbanos. Una suerte de “interferencia” en los códigos y distancias. Así por ejemplo, hacen uso de *El Mensajero rural* cooperadoras escolares que anuncian ferias de ropas, asociaciones vecinales y otras ONG:

** A los padres de los chicos de la Orquesta Infantil de barrio INTA se les comunica que a las 15 horas estará el micro en la escuela.*

** La dirección de la escuela 733 de Bryn Gwyn cita a tutores de alumnos becados presentarse día lunes.*

** La Municipalidad de Dolavon comunica a contribuyentes que a partir del jueves la recolección de residuos se realizará desde las 07 horas.*

** También se ha hecho frecuente su uso para ofrecimientos y citaciones laborales, policiales, además de la sección de sepelios y de objetos y animales perdidos:*

** Al personal de Interpesca se le comunica que deberá presentarse el día 20 las 06 de la mañana en la planta. Fileteros, presentarse con cuchillo.*

** Se ha encontrado un paragolpe con patente de un VW senda en la calle Irigoyen y Cangallo comunicarse con esta emisora.*

** Se extravió en Trelew pasaporte, visa americana y boleta de migración a nombre de John Petersen se gratificará devolución.*

LA PERSISTENTE RURALIDAD

Si bien es notoria esa “interferencia” de los discursos institucionales y urbanos (incluso políticos) sobre este medio, su sello de identidad sigue siendo el registro, el habla de los habitantes del campo, y en especial el vínculo entre los pobladores de la meseta intermedia, ese vasto territorio (mal llamado desierto) donde aislada y estoicamente habitan miles de familias y comunidades.

Las tareas rurales, como la esquila, la pelada de ojo, la comunicación con y desde organismos como CORFO o INTA, las situaciones de

linderos y alambrados, la pérdida y hallazgo de animales, la solidaridad, son motivos de numerosas cartas orales:

** Para vecinos de Arroyo Verde. Feliciano comunica que ha extraviado aproximadamente cuarenta cabríos va chivo con cencerrita y una overa marrón, se agradecerá información por cualquier medio.*

** Para Fernando, Elvio le comunica que viaje a Cona Niyeo a buscar caballo.*

** Para Julio Paineopil, donde se encuentre, Nicolás le comunica que su caballo llegó al establecimiento.*

** Para Irineo Currumil que se encuentra trabajando en la máquina de Roberto Santos, su esposa le comunica que recibió las cosas que envió con el señor Hugo Nanco. Aquí todos bien. (Cabina de Gastre)*

** Se ofrece joven para trabajo de campo con experiencia y recado. Comunicarse por este medio.*

** Para Sr. Tramaleo en Sierra Apa, González comunica que el martes o miércoles estará para cargar animales.*

** Chapingo comunica vecinos linderos que 22 y 23 de agosto comenzará trabajo de hacienda y dará aparte.*

EL MOTIVO DEL VIAJE

Para los pobladores rurales el viaje es un motivo de comunicación obligado. Partidas y regresos a veces requieren mucho más que un colectivo, son kilómetros y kilómetros, leguas que se hacen a pie, de a caballo, en máquinas viales; es necesaria la comunicación para salir al encuentro de los viajeros en caminos vecinales, tranqueras, parajes remotos.

Y es casi un ritual obligatorio para el que parte “dar aviso”, por cualquier medio, de cómo y cuándo se ha llegado a destino.

** Para Nicolás Antena en el Calafate. Patricia le comunica que no fue a buscarlo por corte de nieve en la ruta, le pide que prenda la radio.*

Esta suerte de crónica oral está impregnada de historias de gente que vive y se mueve dentro de un territorio de miles de kilómetros cuadrados. A pesar del contacto con otros discursos, de esa compleja contaminación de voces que es la comunicación social, el mensajero no ha dejado de expresar su lenguaje hecho de soledad y lejanías.

Como dice Benedetti “detrás está la gente”, y es que detrás de

cada mensaje hay personas, familias, comunidades que puntualmente encenderán la radio con el dial fijo aunque más no sea para escuchar y saber cómo se mueve su mundo; un mundo de gente que a veces sólo se hace visible a través de estos poemas humanos:

** Para Juan Carlos Migoren, en Establecimiento La Paloma, hoy llega su patrona Aurelia Peña. Va con la máquina de Vialidad hasta la subida grande, lleva nafta y batería. Sale hoy a las 7 de la mañana. Ruega la esperen.*

** Para Norma Figueroa, su hermana le comunica que llegaron bien a Praguaniyeo y que nació el bebé.*

** Para Elena Huala en Laguna Fría se le comunica que su mamá se encuentra internada en Gan Gan. Por favor viaje.*

** Para Elba en Lagunita Salada su hermano Germán le comunica que viaja por transporte el Ñandú. Ruega lo esperen.*

** Para Néstor y Teófilo en zona de Lobos. Andrés comunica que llegará a la tranquera antes del atardecer.*

** Para Lino Díaz en Maquinchao, Élide y Andrea le hacen saber que llegaron bien a Cona Niyeo, encontrando a la abuela de igual manera.*

** Para Ángel Huenchuleo, en Taquetrén, su hijo le hace saber que su padre se encuentra internado en Esquel. Está bien junto a su esposa. Firma Joaquín Huenchuleo.*

UN DISCURSO EXTRAÑO, POÉTICO Y ESCINDIDO

El mensajero al poblador se construye como un discurso extraño, poético y escindido de los lenguajes dominantes en las radios AM, y más ajeno aún para los registros de uso en las FM.

Tal vez los nombres de las personas que habitan este segmento, en su mayoría de apellidos mapuches y tehuelches; o los lugares que dan cuenta de una toponimia ajena al entramado urbano (parajes como Meseta Somuncurá, Bajo El Caín, Yala Lauabat, Fofó Cahuel, Colaniyeo y muchos otros que pertenecen a antiguas y orales formas de nombrar la tierra), sean algunas de las claves para acercarse y comprender a este lenguaje de otra atmósfera que provoca extrañeza ante los discursos hipercodificados de los mass media.

Este lenguaje de otro tiempo, con nombres de personas y lugares que habitan este tiempo, articula la espacialidad rural/urbana en que se mueve un extenso universo humano en Patagonia. Un mundo que es visi-

ble— audible a los otros desde sus propios registros y por sus propias necesidades de comunicación. Un lenguaje que no cede de nombrar un mundo que existe plenamente detrás de ese supuesto “vacío silencioso” que crece al costado de las extensas rutas de asfalto o de polvo.

El mensajero es una marca de persistente oralidad que cuestiona ese discurso del vacío con que se empalagan las visiones de los viajeros; una poética de fractura que se contrapone a los relatos del desierto.

Como diría el poeta mapuche Elicura Chihuailaf en su *Recado confidencial a los chilenos*, hay una “oralitura” que cuestiona nuestro fetichismo por la escritura; hay un oralidad antigua que aún es soporte cultural, puente de diálogo, mixtura de voces. Hay un mestizaje de lenguas y de tiempos que se realizan en ella.

El concepto de “oralitura” de Chihuailaf describe el proceso en que se está dando la extraordinaria poesía mapuche en la actualidad; aquí nos sirve para ampliar la comprensión de este mundo/ lenguaje nacido en la oralidad. Una textura que no olvida su voz, su poética de acto de habla y comunicación.

La idea de desierto tiene una larga tradición colonial, es parte de los discursos de dominación que desde la vieja matriz de los viajeros españoles y luego ingleses, hasta los exploradores y cartógrafos de los estados nacionales, han intentado silenciar sus voces, sus lenguas, sus gentes.

Hay una verdadera tradición literaria gestada en el romanticismo que se empalaga con el vacío, con lo extraño y lo bárbaro de estas pampas. Bella literatura del extrañamiento que vacía, silencia, desertifica y no oye, no mira al otro, sino para imponer la ficción colonial.

Mientras tanto, desde *El mensajero*, una multitud de voces y susurros, de palabras de la tierra mezcladas con las otras, resisten y despliega sus poemas humanos seis veces por día, cada día:

* Para Jerónimo Colemil en *Bajo El Caín*, se le comunica que mañana martes viaja su mamá con Vialidad hasta donde se encuentra la camioneta. Rueda ser esperada, llevar mochila.

* Para Ricardo Fritz, en *Laguna Fría*, Jorge le solicita que vaya hasta su casa y le de comer a los perros y a las gallinas. La llave y la carne están en la pieza. (Cabinas de Gan Gan).

* Para Eloy Singler, su esposa le pide que viaje a Yala Laubat. No tiene leña.

* Para Jorge Calvo en *La Bombilla*. Oscar le hace saber que Beto está en los Chapengo. Está todo bien, no pasó por no tener tiempo.

* Para zona de Camarones, estancia La Ernesta, se les solicita encender teléfono a las 13 horas. ■

NOTAS

–Todos los mensajes citados son reales y pertenecen al *Archivo del Mensajero al Poblador Rural* de LU 20 Radio Chubut, que gentilmente los ha cedido para este trabajo.

–Elicura Chihulaf. 1999. “El puente ancho y azul de la oralitura”. En *Recado confidencial a los chilenos*. Santiago: Lom, 1999.

–El Mensajero en el arte y otros medios:

El contacto con el universo de lenguaje del *Mensajero al poblador rural* atrae desde siempre a diversas disciplinas artísticas; hay trovadores que lo incorporan a la canción como parte de su discurso, como Saúl Huenchul y otros, incluso payadores y algunas expresiones del rock autóctono.

El cine argentino no ha sido ajeno a su contacto y lo recrea en escenas de películas como *Caballos Salvajes*, *Historias mínimas* o *El profesor patagónico* (con Luis Sandrini).

La poeta Silvana Franzzetti dialoga íntimamente con fragmentos del Mensajero como telón de fondo en uno de sus libros.

También desde la prensa gráfica comienza a hacerse más visible con escritos como el de Mercedes Constanza Soler, publicado en el diario *La Nación*, en su “Rincón Gaucho”.

JORGE SPÍNDOLA

Nació en Comodoro Rivadavia Chubut en 1961. Actualmente vive en Trelew. Publicó *Matame si no te sirvo*, 1995.

Ha colaborado, dirigido y editado distintas publicaciones literarias en Capital Federal, Comodoro Rivadavia y Trelew.

Su libro *Calles Laterales* obtuvo en 2001 un premio en el Concurso Nacional de Escritores que organiza el Fondo Nacional de las Artes.

El artículo precedente salió publicado en la revista *Confines* de 2009.

Vivir y dejar morir

Bruno Di Benedetto

*When you were young and your heart was an open book,
you use to say: "live and let live"*

(you know: you did)

*But if this ever changing world in wich we live in
makes you give and cry,*

say: live and let die, live and let die!

Paul Mc Cartney

Tema de la película

"Vivir y dejar morir" (1974)

El *Don Otto* es un cachivache incómodo y ruidoso, pero será mi mundo durante las próximas veinticuatro horas. Entre los pies llevo un pequeño bolso de viaje: un libro que nunca leeré, un cepillo de dientes, una toalla de mano arrugada, una liviana campera de plástico verde. Eso y una valija que está llenándose de polvo, abajo, con un par de mudas de ropa, más libros, unos discos, documentos y algunas fotos que los amigos me alcanzaron en la estación para que no me olvide de ellos. Todas mis pertenencias. Y la memoria. Una densa masa de recuerdos localizados en el cerebro pero que pesan en el pecho. Es la mañana del veintiséis de enero de mil novecientos setenta y nueve.

Hace cuatro horas que no despego los ojos de la inmensa planicie verde. Trigo, girasol, alfalfa, para otros. Desierto, para mí. La planicie, rastrera y filosa como una hoz. Tal vez si la miro con la suficiente intensidad avance en un golpe seco y piadoso y me levante limpiamente la tapa de los sesos y entonces los recuerdos y los pensamientos ya no serían esas bestias llenas de pezuñas y dientes que habitan el corral de mi cabeza. Saldrían volando. Me gustaría tener la cabeza llena de pájaros. Pero entonces mi cabeza sería una jaula. Mejor nada. Mejor el vacío. Nacer de nuevo, limpio.

Los choferes del *Don Otto* visten camisas celestes, las axilas delatadas por las manchas de sudor. Uno es muy gordo y el otro muy flaco. Uno lleva el pelo cortado a cepillo, el otro un largo y sedoso cabello arreglado

en complicadas volutas entrecanas. El Flaco habla mucho y se ríe fuerte, y cuando ríe se le ve el diente de oro. El tipo no se ríe, pienso, muestra el diente. Vive para eso. Para mostrar el diente. Miren. Tengo un diente. De oro. El Gordo está malhumorado. Siempre. Le gruñe al Flaco. Tarasconeando el mundo que pasa a los costados de la ruta tres. Me lo imagino tirándole tarascones a las hereford y a las aberdeen angus, nuestras reinas de la pradera. El Gordo las muerde en la nuca, las alza en vilo, las sacude y con una poderosa torsión del cuello de hipopótamo, las lanza por encima del alfalfar. Vaca rumbo a la luna. Vaca estrellándose en el Mar de la Tranquilidad. Vaca salpicando de sangre todos los cráteres vecinos. Gaucho mirando el cielo y diciendo: luna roja, va'yover.

El asiento de atrás, el quintuple, está ocupado por tres mujeres bolivianas, con bebés. No sé si los bebés son bolivianos. Pueden ser argentinos. Pero tienen cara de bolivianos. Y cagan, como todos los bebés bolivianos y argentinos. Los bebés franceses también cagan, descubro alborozado. Y los polacos. Y los tailandeses. El mundo es uno. Mis pensamientos fraternales no alcanzan a disipar el terrible olor. Las mujeres están cambiando los pañales de los bebés ahí mismo. Y van hasta Comodoro Rivadavia, según entresaqué de las frases quechuas, o aymará, vaya uno a saber. Trato de calcular desesperadamente la cantidad de veces que cambiarán a sus bebés en los mil doscientos kilómetros que faltan para Puerto Madryn. Evalúo la posibilidad de cambiar de destino. De bajarme ahí mismo. No tengo razón alguna para ir hasta Puerto Madryn. No me espera nadie. No conozco a nadie. Por otra parte, mi nariz tiene razones poderosas para hacerme bajar del *Don Otto* ahí mismo, entre las aberdeen y las hereford, cuyo olor a bosta sería sin duda sino más tolerable, al menos más poético. Había hojeado hacia poco la *Oda al ganado y las mieses*. Por alguna razón permanezco en el micro.

En el asiento de al lado se van sucediendo los ocasionales compañeros de viaje. Un hombre viejo y quebrado por el tabaco que va a conocer a su primer nieto. Baja en alguno de esos pueblos de la provincia de Buenos Aires de nombre inglés. Le deseo suerte en voz alta. En voz baja le deseo que no se muera antes de llegar. Que disfrute al nietito antes del infarto o del cáncer pulmonar. En el bolsillo de mi camisa abultan los dos atados de cigarrillos negros con que amenizo el viaje.

Después, hasta Bahía Blanca, un gordo suboficial del ejército. El prolijo bigote negro, los ojos de chanchito enterrados en la grasa de los mofletes. Huele a Old Spice y a güisqui. El tipo se rasca la entrepierna mientras me habla de política y de cómo anduvo por el monte tucumano reventando zurdos. Uno de los ojitos de chancho espía mis reacciones. El zumbo es tan sutil como un garrote. Le cuento de mi servicio militar. De cómo me hice hombre a fuerza de suboficialazos. El Ojitos de Chanchito me sonríe

complacido, pero sé que desconfía. El tipo me huele de lejos. Está entrenado. Como esos chanchos que encuentran trufas bajo tierra. Si el Gordo no fuera tan malhumorado, le pediría que lo tarasconee al Chanco. Que lo muerda en la nuca, lo sacuda y lo saque volando por encima de aquellos girasoles. Chanco rumbo a la luna. Chanco explotando en mil pedazos y salpicando de mierda porcina el Mar de las Tormentas. Gaucho mirando la luna y yendo a buscar el paraguas.

El Chanco se baja, pero el olor queda, mezclándose con el de los bebés y el del tabaco rancio del viejo. Empiezo a sospechar que me morí y que fui condenado a esta especie de infierno olfativo sobre ruedas.

En Bahía Blanca, cuarenta y cinco minutos de parada. En la terminal me sirven unos fideos aceitosos. Pido una botella de vino. Sé que la borrachera es la única forma de llegar cuerdo a destino. En la mesa de al lado está la Familia de los Asientos de Adelante. Los Nenes son rubios y buenos. La Madre es joven, gordita, prolija. El Padre está perfectamente afeitado, la camisa verde agua sin una arruga. Sonríe siempre. Ellos no van. Vuelven. Son de Madryn, por lo que les escucho decir. El Padre me hace un gesto amistoso con la mano. Sonríe. Son simpáticos. Devuelvo el saludo haciendo pianito con cuatro dedos de la mano derecha. Va'fan'gulo, murmuro, sin dejar de sonreír. Eso hace mi padre cuando gente simpática lo saluda desde lejos. Toca pianito y dice: va'fan'gulo. Les sonrío alegremente y por lo bajo les desea que les rompan el culo. Es su chiste siciliano favorito. Parece que el mío también. Ay, Padre, por qué no me has abandonado.

El vino me proporciona una agradable somnolencia. Me siento en uno de los bancos dispuestos en el andén. El *Don Otto* está ahí, ahora silencioso, despidiendo vapores de gasoil. Una gran ballena dormida en medio de la chata noche pampeana. Cuando la ballena despierte nos volverá a tragar y allá iremos en su panza, vadeando océanos de verdura. Soy como Jonás, piensa mi parte solemne y bíblica, otro regalo de papá. O como Gepetto. O como Pinocchio, dice la vocecita que siempre anda riéndose de mí. El Gordo y el Flaco despiertan a Moby Dick.

En el servicio militar, la más odiada de las guardias era la de la entrada del edificio Libertad. Tocados con casco y polainas blancas, debíamos permanecer inmóviles durante seis horas, en un mísero territorio delimitado por los bordes de un baldosón. Mirada al frente, pecho bombé, manos a la espalda, el peso del cuerpo pasando desesperadamente de una pierna a la otra, pies reventando de dolor, parados, seis horas, enanitos de jardín, viendo pasar a los oficiales en sus uniformes blancos y dorados, ignorando el saludo marcial obligatorio, perdidos como iban en baboso flirteo con las civiles que trabajaban ahí, hembras exuberantes que te tiraban de los ojos como las buenas yeguas percheronas que eran y que había que forzarse a no mirar so pena de

caer en desgracia frente al ofiche de guardia. Fernández: miró un par de tetas. Dos días de arresto. Di Benedetto. Tres culos. Dos bocas. Cinco pares de tetas. Una semana de arresto. Y me limpia bien los baños, Di Benedetto.

En esas seis horas de inmovilidad y abstinencia visual inventé mi pasatiempo discográfico. Consistía en cantarme una por una, en orden, con todos los arreglos, todas las canciones de todos los discos que me sabía de memoria. Eran diez o doce discos por guardia. *La Biblia*, de Vox Dei. *Artaud*, de Pescado Rabioso. *Desatormentándonos*. *The dark Side of the moon*. El cassette que me habían pasado con las canciones de la Guerra Civil Española, Los Beatles, claro. Crosby, Stills, Nash and Young. Bob Dylan y tanta otra música.

Así que ahora, otra vez en el vientre de Moby Dick, echo mano a mi entrenamiento militar y ataco con Simon & Garfunkel. Maravilla de maravillas, el comienzo de *Puente sobre aguas turbulentas* coincide con el cruce de un río que alcanzo a ver brillar fugazmente bajo las estrellas. Dios, a veces, no sólo existe: también se divierte.

Entre canción y canción se me cuela una melodía que al principio me cuesta identificar. Se mete, insistente, pidiendo ser incluida en el repertorio. Al final cedo. La voz de McCartney me la trae, primero por fragmentos y luego entera. Es *Live and let die*, compuesta especialmente para Bond, *James Bond*, película homónima, Roger Moore, buenas percheronas, acción a la inglesa, música de títulos insigne. Vivir y dejar morir. Con la típica orquestación maccartney, acordes poderosos, una melodía perfecta, sensualidad y amable tristeza bañada en un buen brandy junto a la chimenea, allá en Chesire. Sonrisa de gato flotando en la nada: *live and let die*.

Llegamos a Viedma. Diez minutos. Me fumo tres cigarrillos. Una bieckert. *Live and let die*.

Vuelta a Moby. Primero los pasajeros que ya venían viajando, ordena uno de los chóferes. Sube una monja. Amaga a sentarse junto a mí. Pero no. Dos colimbas. Un viejo de barba blanca a lo Lanza del Vasto. Tampoco. Una madre con dos bebés. Ruego que no, bolivianos o no, por favor, bebés no. Sigue de largo. Una morocha joven, de pelo corto. Se sienta conmigo. Hurra. Carne. *Live and let die*.

Tardo unos pocos kilómetros en iniciar la conversación. Dice que se llama Ana, que vive en Comodoro, que no tiene novio, que dejó de estudiar, que vino a visitar a una tía, que tiene veintidós, que trabaja.

No es hermosa. No parece inteligente. No conoce a Bob Dylan, pero de los pechos le sube como un aroma a trigo y a miel, y del cuerpo regordete emana un calor lento y su mano roza a veces la mía y yo juego a

que me enamoro un poco y mi mente empieza a fraguar todo tipo de trabazones eróticas plausibles de ser realizadas con cierto disimulo en el vientre del cetáceo que zumba entrando de lleno en el desierto patagónico.

Ana cierra los ojos y duerme o finge dormir. Cautelosamente le paso el brazo por encima de los hombros y la atraigo hacia mí. Se resiste un poco. Le beso el pelo. Nos dormimos calladamente. Cuando despierto ella está erguida, con los ojos abiertos, mirando la noche, la nada. Le tomo la mano. Se recuesta sobre mi hombro. Con la mano libre le acaricio los pechos y ella me pega un ligero manotazo. No, dice. No quiero. Pero quiere. Sos tierno, me dice. Y yo siento que una corriente de lava me baja por el espinazo y me hace jadedar.

Las cosas no pasan de esos juegos inocentes, y vuelvo a dormirme. Me despiertan los empujoncitos que me da Ana en el brazo con la punta de los dedos: ahí tenés a Puerto Madryn. El sol de las nueve de la mañana está alto sobre un mar doloroso de tan azul y de tan cercano. Moby Dick zumba, ruge y jadea bajando desde la meseta. Allá abajo todo parece pequeño, minucioso, limpio. Hay barcos paciendo en la pradera azul. Colgado a orillas de un barranco, despierta mi pueblo blanco. Brillan las calles, brilla la Bahía Nueva. Me estoy enamorando de ese puñado de casas desparramadas en un cuenquito de greda y viento. Dame tu dirección. La semana que viene voy a Comodoro, a visitar a un amigo que está haciendo el servicio militar. Ana garrapatea unas palabras en mi libreta. La letra es grande e infantil. Tiene faltas de ortografía. Es tu casa, pregunto. No, dice, mi trabajo. Una boutique. Nos vemos. Nos vemos. Beso en la mejilla. Le busco la boca y me da un beso blando que me excita notoriamente. Ana mira mi entrepierna y después clava la vista en el edificio de la terminal de ómnibus. Chau, suerte. *Live and let die.*

El viejo edificio de la terminal huele casi tan mal como Moby Dick. Salgo al aire fresco y camino hasta el mar. El bolso casi no pesa, así que voy unas cuadras hacia el sur. Avenida Gales. España. Albarracín. Estivariz. Moreno. Después empiezan las dunas y más allá el desierto. El pueblito se deshilacha rápidamente hacia el sur, donde se ven grupos de casas aisladas. El azul del mar parece tener vida propia: da la sensación de poder existir sin el soporte del agua, así es de intenso. Casi se lo puede oler, tocar, saborear. Giro el cuerpo, llamado por el oeste. El desierto se extiende hacia unas barrancas lejanas, que rodean el pueblo en un semicírculo. Allá atrás el desierto es una hoz hecha de afilada luz matinal.

Miércoles treinta y uno de enero. Sigo cayendo por el mapa a bordo de otra ballena. Los choferes son distintos. Los dos muy flacos. Hablan hasta por los codos. Se ríen mucho. Con cierta inquietud, descubro que al menos uno de ellos tiene un diente de oro.

El vientre de la ballena está casi vacío. Unas mujeres mapuches. Dos mochileros israelíes. Algunos marineros que acababan de desembarcar con los bolsillos repletos de billetes. En Puerto Madryn me había demorado apenas unos días en un hotel al borde de la demolición. Caminé de arriba abajo la playa sorprendentemente ancha. Me bañé en esa agua absolutamente transparente, absolutamente fría, pese a los treinta y dos grados centígrados que pesaban justo encima de su superficie. Y después compré un pasaje a Comodoro, con la vaga misión de visitar al hermano de un amigo que estaba haciendo su servicio militar. En la libreta, la dirección de la boutique en donde trabaja Ana, de la que ya no recuerdo, casi, su rostro.

Comodoro Rivadavia duerme enroscado en el nido que forman cientos de caminos que el petróleo llevó hasta ahí. Es grande, sucio, inclinado malamente hacia el mar. El viento arrastra pequeños guijarros y es capaz de tumbarte desprevenidamente al doblar cualquier esquina. Está fresco, así que llevo mi campera verde. Camino un rato por el centro. Me tomo un café y decido dejar la visita castrense para las primeras horas de la tarde. Sin pensarlo demasiado, pregunto por la calle cuyo nombre estaba garrapateado en la libreta y empiezo a caminar, subiendo la ladera de un cerro que, me dicen, es un gran cementerio tehuelche. Las empinadas calles se van haciendo cada vez más grises y polvorientas. En Comodoro, los pobres disfrutaban de mejor vista que los ricos. Pero de nada más. No parece sitio adecuado para una boutique. Sin embargo ahí está: Analía Modas y abajo: costuras y arreglos de todo tipo y abajo aún, en una hoja de cuaderno pegada con un solo trozo de cinta: se regala gatito crusa con siaméz.

Dos mujeres gordas están charlando mostrador de por medio. Una de ellas está examinando un corpiño cuyas tazas podrían ser destinadas sin desmedro al transporte de sandías. Pregunto por Ana. Algo me dice que la respuesta va a ser: ¿Qué Ana? Y lo es. Una chica así y asá. Veo. Ella misma me anotó la dirección. La gorda, Analía, supongo, trata de descifrar la redonda letra infantil. Después me mira con cierta conmisericordia y dice: alguna atorranta que le tomó el pelo, señor. Pero debe ser del barrio, reconoce, con cierta hidalguía.

Mientras bajo por las laderas del Chenke, me imagino a Ana espionando desde alguna de las casas grises. Tal vez se está riendo. Tal vez no. Me siento un estúpido. Live and let die, Ana o como te llames. Ahora me siento un estúpido. Pero siempre recordaré el olor a miel y trigo y también a canela que te subía por los pechos.

Aquí abajo las cosas empeoran. Hace calor y un polvo áspero es el incesante pasajero del viento oeste. En un bar, frente a un café y un plato de medialunas, comienzo a sentir la dentellada de la lejanía. Pero de dónde. De dónde me siento lejos.

Paso las horas de la siesta caminando y tratando de escribir un poema que no llega jamás. Sentado en un muro bajo me saco la campera mientras miro pasar el tráfico. Los colectivos llevan letreros con nombres extraños como “Astra” o “Kilómetro seis”. Me levanto y camino unas cuadras entre el gentío que viene creciendo con la tarde. Me digo que es hora de visitar a mi amigo. Busco la dirección que está en la libreta que está en el bolsillo interno de la campera que está sobre el muro bajo que está trescientos metros más allá. Cuando llego, jadeando, caigo en la cuenta que además de la libreta, he perdido el abrigo y la cena. En el otro bolsillo estaba mi único billete grande. En los bolsillos del pantalón, un poco de cambio en monedas y papeles. Y ni idea de cómo encontrar a mi amigo militar. Trato de recordar. Con resignado sentido práctico, me gasto unas cuantas monedas llamando a todas las dependencias militares de Comodoro Rivadavia. Al cuarto o quinto intento me comunican con el conscripto Pérez. El encuentro sucede frente al muro que había sido la perdición de mi campera.

Con lo poco que me queda, compro pan, fiambre y medio litro de ginebra. Comemos en una plaza y hablamos hasta bien entrada la noche. No tengo donde dormir. Mi amigo me lleva hasta una polvorienta galería con salida a dos calles. Nos acomodamos en un recoveco formado por una escalera de cemento y el cuarto de servicio. Allí pasamos la oscuridad, dormitando, abrigados por largos tragos de ginebra, riéndonos a carcajadas, sabiéndonos perdidos en una noche que parece no tener final.

Al día siguiente, con el primer sol, caminamos hasta la ruta tres. Para allá está Madryn, informa mi amigo. Por ahí, señala el sur, encontrás Caleta Olivia. Por aquel lado tenés el empalme que va a la cordillera. Te dejo, no puedo llegar tarde. Chau, un abrazo.

Parado en aquel nudo de caminos, pienso que cualquiera me da igual. De alguna manera este viaje ha comenzado a limpiarme. Algo grande, algo inútil se me ha comenzado a morir por dentro.

Tengo para una comida. Y dos tragos de ginebra. Nada más. Nadie más. Ahora soy nadie, soy cualquiera, soy todos.

Cuestión de vivir, entonces. De vivir y de dejar morir.

Un camión viene por uno de los caminos. No estoy seguro de cuál y hacia donde. Corro. Hago unas señas desganadas, como un náufrago demasiado acostumbrado a su soledad. El camión para cincuenta metros más allá.

—Adónde vas, pibe.

—¿A dónde va usted?

—Hasta Viedma.

-Yo a Madryn, entonces. A Puerto Madryn, no sé si conoce.

-Tenés familia allá.

-No, nadie. Bueno, me tengo a mí. Dejé una valija en Madryn. Unas fotos y unos discos. Y ropa, aclaro, consciente de mi aspecto desastroso.

-Cebate un mate, colorado.

-¿Dulce o amargo?

-Dulce, pibe, dulce. Para amarga está la vida. ■

*A Javier Villafañe
que una tarde última, en Puerto Madryn,
me dijo una verdad que no quise
o no supe entender.
Y que ahora no recuerdo.*

BRUNO DI BENEDETTO

Bruno Di Benedetto nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires en 1955. Desde 1979 reside en Puerto Madryn. Ha coordinado talleres de escritura y creatividad para escritores y docentes en diversas ciudades del país.

Como promotor de la lectura, realizó programas radiales y televisivos y publicó artículos en diversos medios gráficos.

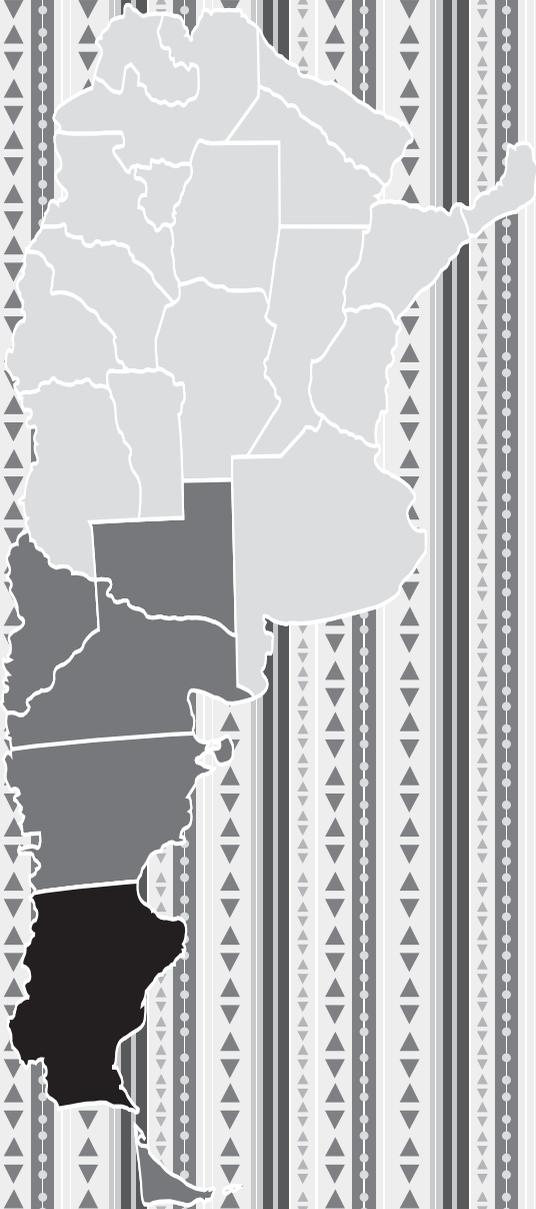
Fue coeditor de la revista callejera *Darse vuelta*, premio "Hacelo vos" 2007 Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Desde 2005 es capacitador del Plan de Lectura de la Provincia del Chubut.

Coordinó las ediciones de *Palabras que trae el viento* 1 y 2, selección de autores chubutenses, para el Plan Provincial de Lectura y la Campaña Nacional de Lectura.

Fue organizador de los encuentros "Los maestros de la Rosa Blindada" (2001); "Los maestros del Escarabajo de Oro" (2002); y XXIII, XXV y XXVI Encuentro de Escritores Patagónicos.

Ha publicado los poemarios *Palabra irregular* (Premio Convocatoria Escritores Inéditos, Chubut, 1987), *Complicidad de los naufragos*, *Dormir es un oficio inseguro* (premio Fondo Editorial Chubut, 2003), *Vengan juntos* (relatos) y *Country* (Ed. El surí porfiado, 2009)

Libros inéditos : *Crónicas de muertes dudosas* (2008, Premio de Poesía Casa de las Américas 2010) y *Nada* (2009)



SANTA CRUZ

De lo que vio Gaspar Quesada, luego de su muerte

Claudia Elisabet Sastre

Ahí lo veo al pobre Juan, junto con el curita, llorar a lágrima viva, lágrima seca, porque ya la falta de agua hace estragos en sus lenguas, han llegado a beber el charco de sangre que Luis, de propia mano hiciera al cortar mi cuello...por aquí y por allá han dejado las partes de mi cuerpo, para que no resucite el día que llamen a los buenos (yo estaba casi seguro que no sería llamado, no obstante iduele ser tan malquerido!) y por propia mano del criado de uno. Por acá y por acullá andan los pedazos del cuerpo de Mendoza, sólo este patíbulo marca que por ahí andamos, junto con los gritos espeluznantes de la gaviotas y petreles...los pobres diablos de Juan y Sánchez de la Reina las persiguen y parece que jugaran a cierta ronda trágica, los infelices (grises sus rostros, sumidos sus cuerpos por la desesperación). Yo prefiero mi suerte sin embargo, me visitan las carcomas y veré desde aquí cómo, poco a poco, se les muere la esperanza que yo ya no tengo...

Los indios hacen muecas desde la otra orilla, ululan las pobres bestias, y yo creo que piden cuentas (en su extraña jerga) sobre los indios secuestrados en la Nao...no queda claro si quieren ayudar a los prisioneros, o matarlos, y es probable que los pobres prefieran lo segundo...

Unos pocos metros más al sur está la cabeza de Mendoza... los gusanos de mar me habían contado y noches de luna llena vi la luminiscencia de los parásitos que me lo señalaron... afilé mis oídos tapados de caracolas para escuchar su murmullo. Invectivas, maldiciones, dichas entre dientes contra Hernando "que si hubieran hecho así, si no se hubieran entre-

gado esos cobardes, y si hubiéramos logrado alcanzar aguas abiertas con la Santiago y la Concepción”; reconozco haberlo azuzado un poco, calentándole la oreja, volcándole veneno solo para entretenerme “que si Elcano dijo esto de ti, y que Coca lo otro” y de su furia resollaba el pobre de impotencia, bufaba y de su boca, ya sin dientes, salía una espuma amarillenta, mezclada de cantos rodados, y de algas marinas. Poco a poco empezó a callar, su lengua ya endurecida, sólo la luz de sus furiosos ojos se percibía por las noches, y tiempo después, ya ni eso.

Desde el lugar donde mi cabeza estaba cautiva e inmóvil, veía los movimientos llorosos de Sánchez de la Reina y de Juan de Cartagena, los veo agitarse desesperadamente, subir y bajar las manos, escarbar el fango de la Isla buscando, quizás, algo de comer...pero fuego no hay, ni tampoco con qué encenderlo, y el piso húmedo por el flujo y reflujo de mareas ha deshecho sus calzados y sus pies se deshacen en jirones de piel, nada hay que comer...ni de beber; y las alucinaciones de los pobres infelices les hacen hablar de manjares exquisitos en lejanas cortes, de abundancias y riquezas, en copas servidas por doradas huríes, semidesnudas... el cura olvidó rápidamente sus votos y su fe en esta tierra desdiosada.

Tiempo después –quién sabe cuánto– sólo gemidos escapaban de los cuerpos escaldados y sarnosos de los pobres náufragos, y cuando los gemidos se hicieron más espaciados y ya no se oía ni castañeteos de los pocos dientes que les quedaban, supe que se habían muerto. Se murieron sin furia. Sin sentido de sí. Solo se apagaron sin más ni más. Ni como interlocutores me sirvieron, luego de que Mendoza se quedara en silencio solo las gaviotas me hicieron compañía.

Yo lo supe siempre, pero lo pude comprobar, no hay Dios aquí, no el nuestro, al menos.

Luego del silencio atroz vinieron los dioses de ellos, a encender fogatas en la costa, a volar sobre mi cabeza suelta en forma de luz, remolinos de luces bellas, cantarinas... solo que yo no comprendía si sus visitas obedecían a algún tipo de condena o de castigo. Pasaron las estaciones y los indios volvieron, pero ellos parecían no registrar la presencia de sus dioses, razón por la cual me sentí, ya calavera, una especie de elegido... algo había pasado que yo ya no terminaba de morir. Luego vinieron otros barcos, con las cuencas vacías de mis ojos los adivino, sus velas, la silueta azul al horizonte. Bajaban los blancos a mi tierra, miraban el patíbulo y alguna vez pisaron algún hueso nuestro (ya no había diferencia entre nosotros). Luego armaron un pueblo en la punta suroeste de la bahía... años pasé observando su trajín, desde mi silencio de siglos... nuestros huesos, ya polvo, mi cabeza, que ha desaparecido, pero mi presencia (yo no la llamaría fantasma) sigue aquí, atada a esta isla, a este viento y a estas gaviotas, observando los bar-

cos y los témpanos, escuchando el cantar de la toninas, pisoteado por los turistas que llegan en la lancha en el verano... sueño, cuando se producen las mareas extraordinarias, que podré pasar al pueblo a escuchar las otras voces, pero es imposible.

Los fantasmas del viejo cementerio en Punta Caldera me saludan, pero ellos tampoco pueden venir, parecen sujetados por cadenas invisibles y más allá de la fantasía de las gentes, yo sigo aquí. ■

Claudia Elisabet Sastre

Bahía de Puerto San Julián– abril de 2010–

Tumbas en el desierto

No supo en qué momento se sorprendió perdido. Extraviado. Ni cuenta se daba del tiempo que llevaba caminando en ese nuevo mundo, luego de dos meses de ver mar y más mar. Quizás bajó la duna por el lado equivocado, o se dejó llevar por el errático rumbo de ese cañadón seco que se dividía en cauces más pequeños, pero innumerables, o se dejó embriagar por el canto de esas aves, o el golpeteo subterráneo de los tucu-tucus por él desconocidos. Pero cuando se halló perdido continuó caminando, silbando una melodía muy tradicional, con las manos al bolsillo, con mucha fe en Dios, que él creía le iba a hacer retomar el rumbo bueno.

Inútil era escrutar el cielo, de un celeste jamás visto, el sol se inclinaba hacia las últimas horas de esa tarde de invierno de julio de 1865, pero él no era marino, no podía guiarse por esas estrellas de ese cielo, tan distinto de sus cielos de Europa, del cielo pequeño de Gales, el poco cielo que le habían dejado los ingleses y que soñaban para sí, aquí en América del Sur. Pronto el sol se tornó de un color rosado-naranja, habría viento al otro día, esa era su señal, pero David Williams no lo llegaría a saber nunca.

Mientras caminaba buscando el campamento pensaba que era muy bello ese lugar. Bello como una mujer aún desconocida. Bello y feroz, con sus manos en los bolsillos acariciaba sus tijeras de sastre, de plata pura,

con su nombre tallado; y sus versos, los versos que le compusiera a la imaginada Patagonia. ¿Se parecía en algo ese ideal al paisaje que ahora lo había capturado? ¿Era quizás Patagonia esa amante celosa, enamorada del poeta que le hiciera versos, que ahora lo quería para sí, para que durmiera para siempre en su regazo? Los pies innumerables del médano lo alejaban más y más de la comitiva, ya lejana; y sus trancadas provocaban en el médano infinitos aludes, en la arena helada.

Los ojos celestes del galénso habían capturado a esa tierra salvaje, y ella, hembra al fin lo había atraído con sus cantos de sirena, con sus quiméricos silbos y su olor a carqueja y tomillo naturales. ¿Qué otra hembra puede jactarse de bella sin afeites? Sólo y tan sólo con lo suyo, y ni hablar de los colores de faz... La tierra lo amó en cada uno de sus pasos inciertos y dubitativos, hasta que el cansancio lo venció y la fría arena recibió su cuerpo, que agotado se tendía, finalmente, en sus brazos, y lo acogió en su seno, como si fuera un hijo de su sangre.

En los bolsillos del galén quedaban los poemas a su amada, y las tijeras. Los ojos color de cielo, por momentos, se cerraban, y su amante comenzó a cubrir sus cuencas frías y las depresiones imperceptibles de su cuerpo con la arena de la playa... Las ráfagas de viento le traían ruidos de mar lejano, o cercano, en el viento del sur nunca se sabe.

La sed, el frío vencerían su voluntad y su fe, más tarde o más temprano, y dormiría un sueño eterno en brazos de su amada...

Años pasaron hasta que encontraran su cuerpo en el lugar, que se dió en llamar Bajo los Huesos, una tumba más en el desierto; hasta que lo identificaron por las tijeras de plata en sus bolsillos y lo trasladaron a una tumba, con su nombre en piedra, un poco más al sur, en el Valle del Chubut. ■

Claudia Elisabet Sastre– mes de mayo– 2010– Bahía de Puerto San Julián

Nunca sábado, mucho menos domingo

Era sábado decía el almanaque, pero era un día cualquiera, jueves, martes, hasta lunes; nunca sábado, y mucho menos, domingo.

Por esas cosas de la vida ella supo que alguien había metido mano al almanaque:

–Porque el tiempo nunca se equivoca.

–Tampoco acierta.

Estaba allí, como si fuera sábado, pero no era.

El hombre entró al almacén, pasando a través de las cortinas de cadenitas de metal multicolor, para las moscas, que nunca se dan cuenta. Pasó el hombre, atravesándolas sin ruido, y a nadie le llamó la atención, excepto a ella.

El hombre se paró delante de la caramelera. Miró a Don Juan con una sonrisa. Lo miró con los ojos, que estaban en la cara, y en la cara también tenía nariz, y tenía boca, que se sonrió, solo con la boca –con los ojos no, con los ojos miraba a Don Juan–, pero después miró las facturas; con la boca pidió:

–Una docena de facturas.

–Surtidas.

–Con dulce de leche sí.

–Con crema pastelera no.

–Un kilo de galleta también.

Fue hasta la caja, no la vio a ella; ella creía que se hacía, pero no, no la vio:

–Si fuera sábado me vería.

–Pero no es.

Aunque el almanaque con el dibujo de un paisano de Molina Campos insistía desde sus hojas arrancadas, sábado 6 de febrero, y grande el año, arriba del número del día, 1979.

–Cómo pasa el tiempo.

–Siempre igual, día tras día.

El viento caliente de a ratos sacudía las cortinas y le ponía música a las sombras de adentro.

–Si fuera sábado me vería.

–Pero no me ve porque no es sábado, entonces yo no estoy acá.

–Debo estar en otro lado.

–Debo estar en casa, haciendo el guiso en la olla negra, revolviendo, revolviendo, para que no se me pegue abajo, guiso de mierda.

–Pero no estoy allá, sino seguro se me hubiera quemado el guiso, guiso de mierda.

–Cuando revuelvo el guiso, no sé por qué, me dan ganas de ir al campito, a cortar flores, pero no voy, me quedo, porque no es domingo.

–Los domingos voy al campo, a veces, cuando no llueve, al campito; aquí nomás, a cortar flores.

–Los sábados a la panadería, con Don Juan; los domingos, campito; si no sábado, si no domingo, si lunes, si martes, si miércoles, si jueves, si viernes, guiso, guiso de mierda.

–Y Don Juan tampoco me ve, silba, silba "Uno", silba mal, casi no se le entiende lo que silba, silba para él, para él solo.

–Si no, canta, canta canciones de su tierra, canciones tristes, y llora. Llora bajito, para que no lo vean, o para que lo vean.

–Porque ahora no llora y tampoco me ve.

–Y no me ve porque no es sábado.

–Si no me hubiera dicho "hola" o algo, o "hacéte unos mates", y yo le hubiera dicho "no puedo Don Juan, estoy haciendo un guiso". No. Un guiso no; el guiso, el guiso de mierda.

Ella se aburría de hablar sola, se levantó de la silla, fue hasta el mostrador, el de las facturas, de madera con vidrio arriba, agarró la más tentadora, con dulce de membrillo y pedacitos de manzana. Estaba seca, entonces la revoleó por el aire como un bumeran, le fue a pegar a Don Juan justo en medio de la pelada, y él ni se mosqueó.

Siguió silbando "Uno", silbándolo mal, ni qué decirlo. Pasó violentamente al lado del almanaque confundido del paisano, que seguía tro-

tando eternizado, arriba del caballo cabezón, de ojos alucinados. Le encajó un manotazo y le dijo:

–Así no vas a llegar nunca a ningún lado.

Las hojas se desparramaron por todos lados y el viento caliente de afuera, en un remolino, se las tragó para siempre.

Ella se fue a su casa, a hacer guiso, porque hoy era un día cualquiera, cualquiera, nunca sábado, mucho menos domingo. ■

CLAUDIA ELISABET SASTRE

Nació en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires el 27 de diciembre de 1965. Se crió en Patagonia. Integró el Grupo Literario Verbo Copihue desde sus inicios, realizando tareas de difusión cultural, café literario, eventos y presentaciones de libros en Puerto Madryn desde 1998 hasta su disolución o dispersión. Fue editora de la página web: Verbo Copihue– Letras Patagónicas, dedicada a crítica literaria en la Patagonia y difusión de obras inéditas de autores de la zona. Actualmente reside en Puerto San Julián (Santa Cruz) donde se encuentra abocada a la investigación histórico– literaria y a la docencia.

Coordina talleres de escritura en la Municipalidad de Puerto San Julián.

Fáunicas (1999) Edición de autor. *Duchamp: planos de cristal entresacados a modo de poemas de viaje*. (2002) Terraza Libros. *Imperio*: (2008) Edición de autor. *Casaquemada* (2009) Edición de autor. *Fáunicas* (2009) reedición.

Relatos

Elpidio Isla

72



ANIMÉ

EL VIEJO ESTABA ACOSTADO EN MI CAMA, A SU ALREDEDOR TRES CHICOS DE hasta unos doce años me miraban con los ojos grandes de los dibujos animados japoneses. El hombre resoplaba suavemente. Tenía sus ojos cerrados, pero debajo de los párpados se adivinaban los globos oculares saltones como los de los niños. Una mujer, probablemente la madre, dijo: –Vamos a la cocina. No sea cosa que lo despertemos–. Debajo de la ventana la contraluz del sol de la mañana oscurecía sus caras.

–Usted se preguntará con qué derecho nos instalamos en su casa; no esperábamos encontrar a nadie. Él es mi padre, vivió muchos años en esta casa. Como se acercaba el final, pensamos que este era el mejor lugar. ¿Qué hace usted aquí?

–Yo vivo aquí –le dije– pero ella pareció no oírme.

–Eso es una complicación. Los chicos querían ver la casa en la que había vivido el abuelo. Entramos por la puerta de atrás, sabíamos que estaba abierta.

El viejo volvió a toser y todos miramos hacia la puerta. Sin haber parpadeado una sola vez, el niño más pequeño fue hasta la heladera, sacó una botella de leche y la volcó en un jarro de loza amarilla.

–¿Dónde está la miel? –preguntó mientras encendía la cocina.

–¿Miel? Le pregunté. –Por aquí no se consigue miel –le dije. En la habitación del fondo el hombre volvió a toser.

–No tenían ningún derecho a entrar y a instalarse en mi dormitorio, –insistí.

–La cama estaba vacía. Además él también vivió aquí. Es usted el que no tiene que estar en esta casa hoy.

–Eso no importa. Esa es mi cama, quiero que se vayan.

–No se si será posible. El abuelo se quedará hasta el final. Usted no tiene nada que hacer aquí.

–¿Qué final?

La mujer rebuscó en una cartera de plástico y le alcanzó un billete al niño que esperaba. –Si no encuentran miel compren caramelos de eucalipto. Los niños salieron.

–El final –dijo ella.

El viejo volvió a toser. Ahora la tos era un gemido asmático.

–Creo que tenemos que seguir –dijo la mujer. –Usted debería venir con nosotros.

–Pero ese hombre no se puede mover. Hay que llamar una ambulancia.

–No hace falta, él se recuperará cuando llegue el momento.

Los niños aparecieron con una bolsita de papel llena de caramelos. La mujer los repartió y le dijo al que parecía ser el mayor: –Llévele al abuelo para que calme su tos. Pónganle otros debajo de la almohada. –El abuelo vivió siempre aquí –me dijo la mujer.

–¿Siempre? –le pregunté. Era más baja de lo que me había parecido; apenas unos centímetros más alta que su hijo. –No hay forma de cambiar el destino– siguió como si hablara sola.

–Yo no creo en el destino –dije molesto–. Lo único que quiero es que se vayan y se lleven al viejo con ustedes.

–Mamá... –llamó el niño desde la habitación–. Ella hizo entrar a los otros y cerró la puerta. Cuarenta minutos después salieron.

–Venga con nosotros –me ordenó la mujer.

–¿Y mis cosas y mi casa ? –le pregunté.

La mujer sacó un caramelo de eucalipto del bolsillo –Ya no son tuyas –dijo. Bajamos por la pendiente suave de la calle y seguimos la marca del curso que deja el agua en los días de lluvia. ■

UNA HISTORIA ASÍ NOMÁS

QUANDO EL HOMBRE LLEGÓ A MALASPINA TRAÍA UNA MUJER. El perro, echado a la sombra de un quiosco de diarios, levantó las orejas como si los hubiera estado esperando.

Como era fecha de cobro, en los campamentos se jugaba fuerte. El avión había llegado con los sueldos, como era una época en que las empresas pagaban bien, todo el mundo tenía lo que buscaba: los empleados su mensualidad, los comerciantes las cuotas al día, las putas sus comisiones y todos algunos días menos en la espera del regreso hacia alguna parte.

El hombre había bajado del colectivo con un saco de cuero negro, pantalón de gabardina, camisa cara y buenos zapatos, pero todo puesto sobre su cuerpo daba una sensación de incomodidad: la ropa no había sido hecha para ese cuerpo, cualquiera hubiera pensado que estaba mal vestido.

Un día después el hombre había perdido todo. Sentado debajo de la lámpara con los ojos sombríos, su cabeza era tan alargada que el mentón rozaba la mesa.

Beto Moscardi había llegado dos días antes. Tenía la palidez de los que duermen de día. Sus manos terminaban en dedos finos y suaves. Manejaba un Ford Victoria del 55 que había ganado tirando dados en Comodoro y cada vez que veía el avión de los sueldos, volando hacia el sur, sabía que tendría trabajo.

Trabajaba una semana por mes. Luego paseaba por todos los bares tratando de no perder la sensibilidad en los dedos, para cuando tuviera que jugar en serio.

Esa noche en el «California» se le había presentado la oportunidad. El tipo andaba forrado. Tomaron unas copas y el otro le contó que había vendido la lana y volvía a su casa. Era un campo chico, así que no tenía vehículo. Moscardi le ofreció el Victoria pero el punto no quería un auto. Buscaba una camioneta. No hubo acuerdo hasta que lo invitó a jugar

—A lo mejor le sale el coche gratis —le dijo.

Subieron al Victoria. El hombre adelante. La mujer atrás. El perro siguió el automóvil hasta que llegaron al California. Entraron y pasaron directamente a las mesas del fondo. Adelante algunos perejiles jugaban liviano, como para pasar la noche sin sobresaltos. Se sentaron y les trajeron cartas y bebidas.

Contra la pared, lejos del jugador, estaba la mujer con el perro. EL

pelo, mal teñido de rubio, le caía formando ondas sobre la cara envejecida. Alisó su vestido y se aferró a la cartera marrón. Los otros jugaron toda la noche y el hombre perdió: se jugaba fuerte en el California.

–No tengo resto –dijo– sino capaz que me desquitaba.

–El perro parece bueno –escuchó decir.

–No, el perro no es mío, no puedo jugarlo a los naipes.

–Piénselo, al perro se lo acepto. ¡A la mujer ni en pedo!

Moscardi sabía que esa noche podía ganar todo lo que quisiera. Si hasta podía darse el lujo de aceptar una apuesta por un perro que podía recoger de la calle y una mujer que no se llevaría ni regalada.

–Bueno le acepto la apuesta. Pero mire cómo son las cosas. Si me hubiera comprado el auto ahora tendría algo. Yo me quedé con su plata. Tengo mi plata, mi auto, su mujer y su perro. Elija lo que quiera hoy estoy generoso –dijo sobrador.

–A una mano.

–¿Cartas o dados?

–Cartas.

–¿Monte o siete medio?

–Siete y medio.

–Todo o nada.

–El perro y la mujer.

–Solamente el perro. A la mujer puede quedársela.

–El perro y la mujer o nada.

–Por quinientos pesos.

–Setecientos cincuenta con mujer y todo.

–Corte.

–Un tres. Dame otra, tapada. Un as. Otra tapada. Planto.

–Bueno, a ver, negra de mi vida, otra negra, un as, un tres, un dos y al siete y medio pago.

–¿Por qué sacó de abajo?

–¿Me estás tratando de tramposo? –En realidad Beto Moscardi no había trampeado a nadie esa noche. El tipo parecía jugar en contra de sí mismo.

–Tómelo cómo quiera, el perro no se lo doy. Llévase la mujer si quiere.

–A tipos como usted no necesito trampearlos. No valen un carajo–
Moscardi manoteó el revólver. El otro no se movió. Le apuntó entre los ojos. El perdedor levantó lentamente las manos.

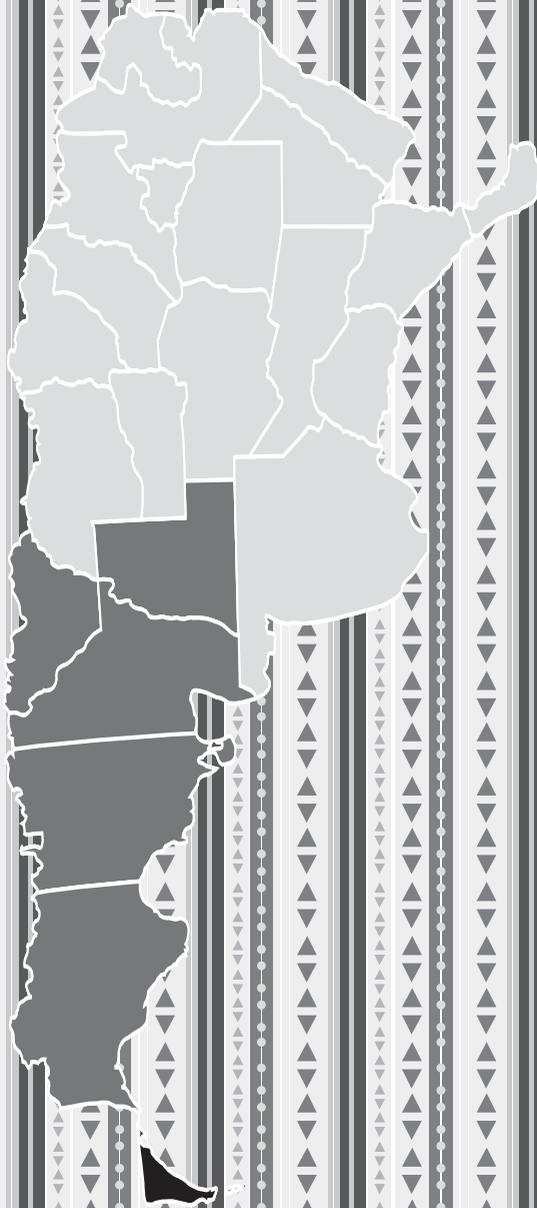
–Déjese de joder –dijo– y con una velocidad que nadie esperaba apartó el revólver de su cara al mismo tiempo que el otro apretaba el gatillo. La explosión aturdió a todos. Cuando se disipó la confusión, Beto Moscardi había escapado en el Victoria. La mujer aferrada a la cartera marrón, tenía un agujero en el pecho.

–Me mataron de vicio –dicen que dijo. ■

ELPIDIO ISLA

Nació en Santa Cruz en 1948. Ejerció el periodismo y dirigió las revistas literarias *La loca poesía* y *Recien venido* cuya circulación fue prohibida por el gobierno militar en 1978.

Publicó el cuento *Mogambo* (1988) y la novela *La ciudad de los Sueños Tristes* (1995). Estos cuentos pertenecen a *Esas mujeres de las que hablo* (cuentos inéditos).



TIERRA DEL FUEGO

Relatos

Julio José Leite

78
◀▶

TRATANDO DE SALVAR EL CIELO

*“Hoy ya no puedo infancia, correr como corría,
me pesa tanto el hombre que no puedo correr”*

Manuel de Cabral

Cuando era niño pensaba que la noche era de vidrio, y las estrellas, agujeros que dejaban las naves espaciales en el cielo. Tenía miedo de que un día, por imprudencia de los hombres que seguían mandando cohetes a la luna, se desplomara todo el cristal nocturno sobre nuestras cabezas.

Hasta que se me ocurrió una genial idea para evitar ese desastre. A eso de la media tarde monté en mi caballo, que se llamaba *Tostado*, y al trotecito me encaminé hacia el horizonte, allí donde el vidrio de la noche se junta con la tierra. “Si logro llegar, de una buena pedrada voy a pasar al otro lado, entonces treparé al techo de cristal del mundo y con mucha paciencia trataré de tapar todos los agujeros”.

Eso pensaba cuando de pronto me encontré con un conejo muy gordito y picarón que me preguntó a dónde iba:

–Voy a reparar los huecos que dejan las naves espaciales en el vidrio del cielo –le respondí.

El conejito largó una carcajada muy fina y me dijo:

–¡Qué tonto eres! ¿Acaso no sabes que el cielo no es de vidrio? –El cielo es de tinta china. Yo lo sé porque soy un conejo muy sabio, y sobre todo muy humilde. Además no vas a llegar nunca: la noche camina, y cuando uno se acerca a ella, ella más se aleja, no te olvides que es de tinta.

No le creí a ese conejo tan agrandado y seguí mi viaje. Cabalgué, cabalgué y cabalgué. *Tostado*, ya cansado relinchaba:

–Volvamos a casa, tus papás deben de estar preocupados.

Pero yo creía que era muy importante salvar a la noche. La noche sirve para soñar y, si uno salva a la noche, salva los sueños.

Tenía frío y ya estaba muy oscuro, casi no veía las orejotas peludas de mi caballo. De pronto escuché una voz muy dulce:

–¿Hacia dónde te diriges? –

–¿Quién me habla? –respondí sorprendido.

–Soy yo, tu compañero de juegos, el chulengo *Pastito*.

–*Pastito* qué susto me has dado! Voy hacia el horizonte, porque tengo que evitar que la noche se haga añicos.

– Amigo mío, tienes que regresar pronto a tu casa. Tus padres están desesperados, están viviendo la noche más triste. Vuelve ya y nunca te alejes sin permiso de tu hogar. Además no te hagas problemas por el cielo: al cielo lo sostienen los pájaros y los niños.

Entonces me di cuenta del error que había cometido. La noche no es de vidrio como creía, ni de tinta china como afirmaba el conejito regordete y picarón. La noche, la noche es de ausencia.

Ahora, de grande, cuando estoy solo y triste miro las estrellas y recuerdo mi infancia. Cierro los ojos y me veo niño riendo, me veo niño jugando, me veo niño sosteniendo todo el cielo con la inocencia. ■

DINKO EL GIGANTE PEQUEÑO DEL LAGO

A mi hermano por elección de vida,

Dinko Pavlov Miranda

“Él fabrica las flores, él las cuida,

él realiza el paisaje que se ve...”

(Mi amigo el duende de Nelson Ávalos)

Serían las ocho de la mañana, aún estaba oscuro. Roberto, Canela y Daniel cruzaban un campo todo escarchado abrigados con gorros y bufandas multicolores. *Corbata*, el viejo perro ovejero, lengua afuera, seguía a los niños que, como todas las mañanas, caminaban casi una legua por el camino viejo que lleva al lago Khami para ir a la escuelita de Tolhuin.

En el trayecto hablaban de las tareas que tendrían para ese día: estaban estudiando a los indios *selknam*.

–¡Qué extraño! –comentó Roberto–, yo siempre los conocí por onas.

–¡Sí! –afirmó Canela–, y es más, en las revistas y en los diarios, cuando preguntan en un crucigrama por indios de Tierra del Fuego, siempre corresponde la palabra “ona”.

Daniel, un poco más grande e inquieto, sonriendo, les aclara:

–Ocurre que a los yaganes les llamaban ona, pero ellos se decían selknam, además, en Tierra del Fuego habitaban cuatro pueblos, estaban los selknam y los yaganes, de los cuales hablamos pero también vivían los haush y los kawuescar.

–¿Y no tuvieron hijitos? –preguntó Canela, respondiendo a su temprano instinto maternal. Roberto contestó de inmediato.

–¡Noo! Yo vi unas láminas que nos mostró la seño, andaban casi desnudos, se cubrían con cueros de guanaco, seguro que se murieron de frío, por eso no hay más indios acá.

–¡No seas tonto! –contestó Daniel riéndose– ellos estaban acostumbrados a este clima. Sucede que cuando vino el hombre blanco, trajo enfermedades extrañas y sus cuerpos no tenían defensas, además vinieron personas malas que sólo querían las tierras y pusieron alambrados, y en los campos pusieron ovejas sacándole territorio a ellos que eran los dueños verdaderos; entonces los indios comenzaron a comerse las ovejas porque no pensaban que estos animales tenían

dueños, creían que eran como los guanacos; y para evitar esto, los dueños de los campos le pagaban a aventureros para que los maten, o en el mejor de los casos los llevaban a las misiones donde eran separados: a las mujeres las dejaban con las monjitas y a los hombres con los curitas. Luego el progreso los fue aplastando y en poco tiempo los exterminó. Ahora quedan algunos descendientes de selknam y haush; por ejemplo, en la cabecera del lago, al lado de la comisaría vieja, están los campos de los hijos de la india Varela.

–Pobres, ¡qué ignorantes! Claro, no tenían escuelas –exclamó Canela.

–No, no lo eran –se apresuró a responder Daniel–, ellos eran muy respetuosos de la naturaleza, creían que cuando se morían se convertían en árboles, por eso cuidaban cada lenga, cada ñire, cada coihue; mataban al guanaco solo para comer y para vestirse y nunca cazaban a los chulengos; no tenían jefes y vivían en familia, cada uno sabía lo que tenía que hacer, hacían unas ceremonias muy lindas donde los jóvenes eran reconocidos como mayores y para ello se pintaban y aparecían distintos espíritus, tenían un perro que era muy cuidado por ellos porque le servía para la caza y también como abrigo en sus chozas, era gente linda.

–¿Y a vos quién te contó todo esto? –Preguntó asombrado Roberto.

Daniel, se quedó en silencio; en el bosque los primeros rayos del sol pintaban mil colores en los árboles: rojos, naranjas, oros, verdes brillantes, verdes terciopelos, otros tímidos. Los pastos estaban blanquitos por el rocío congelado y algunos ojitos de agua regalaban escarcha crujiente. Entonces se detuvo junto a un árbol viejo.

–Les voy a contar un secreto –dijo, casi susurrando; hace un año más o menos, en primavera, andaba cazando pajaritos con una gomera a un costado de la hostería Kaikén a orillas del lago, en esa zona como ustedes saben hay unos enormes barrancos, por descuido pisé muy cerca del borde y se desmoronó, cuando pensé que estaba perdido, una mano muy fuerte me tomó del abrigo y levantándome como a una pluma me posó suavemente en el suelo. Yo, tenía los ojos cerrados y temblaba de miedo; cuando los abrí, me encontré con un enanito de barba amarilla y nariz colorada y grandota como un morrón pequeño, usaba una boina de lana y su ropa era de colores muy bien combinados.

–¡Holaaaaaa niñoooooo traviesooooo! –me saludó cantando con una voz de trueno que nada tenía que ver con su estatura pues no medía más que un pájaro carpintero. De pronto, pegó un salto enorme y entre medio de una nube de polvo emergió este personaje, pero convertido en un gigante y con voz de pito continuó hablando:

–¿Qué andás haciendo con esa gomera?

–Cazando pajaritos –respondí temeroso,

–¡Qué bonito no! ¿Y si ahora por malo te convierto en un gorrión?

–¡No, por favor, no lo haga! –le rogué.

–Está bien, está bien, no te asustes –me tranquilizó.

–Está muy mal que te aproveches de los pájaros indefensos por diversión.

Entonces me contó todo sobre los pueblos que habitaban estos lugares y el respeto que tenían por los animales y las plantas, por los ancianos y los niños.

–Yo habito a orillas del lago Khami desde tiempos muy remotos –continuó hablando–, tengo el poder de hacerme muy pequeño o crecer como una montaña, lo que no he logrado todavía es manejar mi voz acorde a las circunstancias. Te contaré que alguna vez fui un niño y luego un hombre, nací en otra isla muy lejos de acá. Me llamo Dinko, que en tu lengua quiere decir Domingo; cuando grande viví despreocupado de las cosas materiales, siempre compartí todo y nunca perdí la inocencia; viví cantando y celebrando la vida y la amistad, me preocupé por los débiles y luché contra las injusticias y por eso más de una vez fui engañado y castigado. Cuando estaba llegando la hora de la muerte pedí, con la fuerza de un niño, vivir como un duende en algún lugar del mundo donde existiera gente inocente y pura; entonces, no sé por qué magia, me convertí en este gigante enano y aparecí, por aquellas épocas lejanas, en esta isla donde los habitantes eran personas simples y satisfechas de sus logros; aquí viví gozando mucho tiempo pero ahora, todo ha cambiado, el hombre se come al hombre y diciendo esto se puso a llorar rocío.

Como pude me abracé a su tobillo y él entonces me tomó en la palma de su mano y me dijo con voz finita muy pero muy finita:

–Te nombro guardián de la memoria, pastor de pájaros, queredor de lunas y amaneceres, abrazador de árboles y señor de la ternura.

Luego, de dos zancadas cruzó el lago y hasta ahora nunca más lo encontré, pero lo veo, siempre lo veo en los ojos de algunos niños, en las manitas arrugadas de un anciano y el viento me trae su voz de trueno y de pito. Pero...

–¡Vamos! que llegaremos tarde a la escuela. ■



DE LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN Y LA CONSTANTE PRESENCIA DEL HACHERO AMADOR MORILLO, FABRICANTE DE CUCARAS, ANIMALITOS Y CRUCIFIJOS, HABITANTE DE “LA BAJADA DE LOS BRUJOS”

Se llamaba Amador Morillo, vivía en un rancho cerca de la “bajada de los brujos”, de oficio, hachero, tenía la piel color aceituna, grandes ojos expresivos y negros, barba entrecana, de estatura mediana y muy fornido, la dentadura perfecta, blanca como cuello de cóndor, como espuma de riachuelo, como corderito, blanca. Su edad, no se podía precisar. Prefería estar solo en el monte la mayor parte del año porque, si bien él tenía buen carácter y era trabajador, le molestaban las injusticias que veía a diario en el aserradero y, por sobre todas las cosas, se indignaba cuando alguien olvidaba su origen humilde y se aprovechaba de sus compañeros. En verano con los días largos y cuando sus labores se lo permitían, disfrutaba de la pesca; en invierno, donde la noche se hace eterna y el frío congela hasta los recuerdos, se dedicaba a tallar madera de lenga frente al tacho casi al rojo que le proporcionaba calor en su humilde casilla. De sus curtidas y diestras manos salían cucharas con rostros en su empuñadura, con lágrimas corriendo alrededor del cuello, castores cachetones y dientudos, kainen, guanacos espigados, curiosas bandurrias.

Amador era un silencio dentro del silencio; cuando bajaba al pueblo para los días de fiesta, no hablaba con nadie, siempre sonreía por las noches alegres, entonces la luna sonrojada, se escondía entre algodones grises.

Luego él regresaba a sus bosques, a su oficio de misterio y madera.

Años vivió Amador de esta manera simple, nunca se supo de dónde había venido. Algunos puesteros vecinos decían que había nacido en Neuquén, otros hablaban de Temuco, pero a ciencia cierta nadie sabía de su origen.

Una tarde de octubre, Faustino Sosa, un mercachifle conocido en la región, llegó por la picada hasta la cabaña de Amador con su camioneta destartada y embarrada hasta los ejes, iba con el objeto de llevarle yerba y otras mercaderías que intercambiaba con el hachero por sus artesanías en madera. Al detener el motor de su vehículo, observó por el parabrisas semientlodado que no había ningún movimiento, no salió a ladrarle el *Champita*, la chimenea del rancho no humeaba y el paisaje estaba sin pájaros. Corrió hasta la puerta, destrabó la tranca y ya en el interior, en la penumbra, divisó un enorme crucifijo sobre la cama, se acercó curioso y con un poco de temor, grande fue su estupor cuando vio que el crucifijo era de lenga y tenía tallado un cristo moreno de barba entrecana, vestido

con ropas de hachero. El rectángulo de luz que regaló la puerta abierta dejaba ver sobre la rudimentaria mesa de la casa una hoja de papel donde Amador garabateó estas palabras:

“Si la lenga se desnuda en formas escondidas ante mi insistencia de buscarlas invierno tras invierno con mi soliloquio de gubias, si estos siglos de soledad y hacha que cargo en mi alma; si estos olvidos ya no alcanzan para salvarlos ni salvarme, me marchó para siempre y regreso a la vida de mi padre. He predicado con paciencia y simpleza: soy un “amador” y nadie entendió, nadie entiende. Quiero que no me busquen, y si por casualidad me encuentran, deseo que me entierren bajo la única patria que he tenido, que es el cielo, y prometo regresar cuando estén tristes con mi sonrisa alegre que avergüenza por su blancura a la luna, con mi noche de ojos, con mi silencio de memoria.”

Nunca lo encontraron, ni a él ni a su perro, pero cuentan los lugareños que cuando están tristes (y esto ocurre casi siempre en los atardeceres) miran a la luna, si ésta se torna de cobre, juran ver la sonrisa de Amador y entonces esperan a que oscurezca del todo para poder ver en la noche los ojos memoriosos de este hachero. Algunas personas más impresionables dicen que en el bosque, allá en “la bajada de los brujos” los troncos de las lengas toman formas extrañas y en las cocinas de las estancias y en los puestos de alambreadores y ovejeros de la zona se han encontrado, en las mañanas, a las cucharas de palo con lágrimas talladas en su empuñadura. En estos casos los paisanos solo murmuran:

–Es el Amador que nos está aguaitando, seguro que alguno de nosotros anda chupándole las medias al capataz, o se avergüenza de su origen.

Entonces en silencio toman dos ramas de lenga y las ponen en cruz sobre el catre del presunto culpable para que recapacite.

En fin, leyendas no más que cuentan en los fogones los hombres del campo, leyendas de esta isla. ■

JULIO JOSÉ LEITE

Nació en Ushuaia el 1 de septiembre de 1957, reside en la Patagonia.

Estos relatos pertenecen a *Breves relatos fueguinos, para siempre niños* (inédito).

OBRAS PUBLICADAS

1986: *Cruda Poesía Fueguina* Edición del autor

1988: *Primeros Fuegos* Junto al poeta Oscar Barrionuevo. Editado por la Municipalidad de Río Grande (Tierra del Fuego)

1990: *Edad Sol* Edición del autor.

1994: *Bichitos de luz* Edición del Autor.

1996: *De límites y militancias* Editorial Atelí (Punta Arenas – Chile)

1997: *Aceite Humano* Editorial Parque Chas, Colección El Rey tuerto (Bs. As.)

1998: *Julio Leite Poemas – TOMO 1* Cassette de audio con una selección de poemas interpretados por el autor.

2003: *Piedrapalabra* Editorial Parque Chas, Colección El Rey tuerto (Bs. As.)

2009: *Breve tratado sobre la lágrima* Editorial “El Suri Porfiado” (Bs. As.)

OTRAS PUBLICACIONES

1987: *Il Antología fueguina* Editada por “Gente de Letras”

1998: *Literatura Fueguina 1975/1995– Panorama* Realizado por el Prof. Roberto Santana.

2001: *Cantando en la casa del viento* Antología Fueguina realizada por Niní Bernardello editada por la Universidad Nacional de La Patagonia Sede Comodoro Rivadavia (Chubut)

2008: *La ruta de la poesía* libro mural emplazado a orillas del estrecho de Magallanes en la ciudad de Punta Arenas junto a otros autores latinoamericanos como Ernesto Cardenal, Gabriela Mistral, Juan Gelman, entre otros.

El colorado

Nicolás Romano

86



Amodorrada en aquella madrugada fría, quizás soñaba con el sol, Ushuaia. La pleamar, llegando suavemente, levantaba su pollera de algas para lamer el sexo salado de arena y piedras milenarias.

El punto que crecía al oriente al tiro convocó a los parroquianos. Cualquier barco siempre era noticias pero también a granel bolsas de harina, papa, carbón, cajones con verdura y fruta, carne, tabaco, velas, todo escaseaba y se reponía océano mediante.

El villorrio entero se agolpó en el muelle y quedó por fin nariz con nariz, o mejor sea dicho, con la nariz de un buque alemán y por un momento ambos quedaron así, como mirándose.

El hombre rubicundo entre la tripulación que descendía se detuvo un instante echando una ojeada en el contorno, luego ganó una cuesta y enderezó sus zapatones hacia la montaña.

Nadie podía sospechar que ese individuo de anchas espaldas y andar enérgico, arribado de forma casual o contingente, daría nombre con los años a un monte de la cercanía y menos aun recordarían con el transcurrir del tiempo la forma ni la fecha en que llegara aquel cuyos pasos abonan la leyenda.

No hay que trasponer un umbral para acceder al bosque, simplemente todo el azul del mar de pronto se hace verde. Por eso, ya tragado por las hayas, algo llamó la atención del alemán entre el verde

oscuro del cohiue, algo que le hizo levantar la vista y lo dejó plantado como un árbol más en el sendero húmedo de barro y charamusca.

Colgado de una rama por un tiento grueso pendía como un guiñapo un perro a escasa altura, a la exacta altura para llegar de un salto y dar la mascada en un trozo de capón grasiento. El anzuelo que ocultaba la carne, no estaba destinado a un perro cimarrón como era el caso, sino para el zorro colorado que hubiera terminado al fin por el garrote. Un solo golpe en la nuca deja la piel y el cuero intactos.

No se movía el animal apenas bamboleado por la brisa. Pero no entregaba la vida. Habiendo agotado ya sus fuerzas, una fibra interior, un instinto, algo atávico y oculto lo hacía resistir. Había replegado toda energía para adentro y desde allí resistía, sordamente, la quijada atravesada sosteniendo todo su peso en el anzuelo.

El hombre levantó ese cuerpo inerte, al tiempo que cortaba el tiento haciéndolo caer en su regazo. Pensaba en desencarnar. Por un instante se quedó midiendo el riesgo. Luego llevó una mano al paladar del perro y comenzó a trabajar con cuidado en esa boca malherida, atorada con el cebo. Entonces el animal movió los párpados hirsutos, los ojos inyectados. Por un momento las miradas se cruzaron.

Ni bien el anzuelo quedó afuera, quizás como un último intento de aferrarse a la vida, los colmillos se cerraron en la mano. Después se desvaneció.

No alternó con nadie el alemán en esa pequeña aldea que era Ushuaia. Solo caminó hasta el bosque y de este al buque cada vez durante los cuatro días que tomó a los visitantes el reabastecimiento. Alguno supo verlo cuesta arriba internándose en el verde. Fue el espacio y el tiempo en que uno cuidó y sanó del otro, en que ambos quedarían unidos más allá de ese momento.

Ya partía aquel barco alemán, un chorro de humo y el sonido de una sirena tronó el aire frío en la bahía solo habitada por un par de goletas y algún cutter. Había pañuelos y manos levantadas, la banda del presidio, con su uniforme a rayas, llenaba todo a fuerza de clarinetes y soplos de trombón.

En medio del bullicio, el silencio naufragaba tan solo en un rubicundo hombretón que acodado en la barandilla con el resto de la tripulación, no despegaba los ojos de la costa. Es que a medida que la embarcación se separaba del muelle y entre ambos se iba ensanchando el azul, un enorme perro negro había hecho su aparición y plantándose en la línea de marea, no dejaba de mirar la nave mientras olisqueaba los tufos pringosos de brea y de sal.

Con el buque todavía en rada, a unos cuatrocientos metros de la

costa y los parroquianos ya de espaldas, el colorado Krund, que tal era su nombre, saltó al agua. Con fuertes brazadas acortó la distancia llegando así a ese lugar donde alguien lo esperaba, y ambos enderezaron sus pasos hacia la montaña.

Aquel mundo flotante nunca más volvería y Ernst Krund quedaba para siempre en El Onaisín, o “Tierra del Fuego”, como dieron en llamarla. ■

Un pequeño sol

Madrugada fría de mayo, voladero de nieve y las gaviotas. Algunos llegaban ya montados en su aliento a vino, a ginebra, y el muelle dormido los recibía enclavado para siempre en ese eterno copular con la bahía.

El barco traía la harina para el pan de todo el pueblo. Como las bolsas rotas no faltaban nunca, era fiesta después para las casas la cosecha que cada uno se llevaba, convertida en sopaipilla y tortas fritas.

La “mano” se armó alcanzando para todos: unos pocos en “tierra” y “al pozo” las cuadrillas. Apenas el guinche recorrió la tapa, la primera pernada cortó el aire y se perdió balanceándose en esa boca abierta.

Todo comenzaba así, todavía oscuro, antes del alba blanca con la nieve, el sueño amputado por el viento y el corazón pelándose a destajo.

Entre harina y sudor era un engrudo el tiempo amasado en turnos de bolsear la vida.

El Menduco pensaba en su Eduvina. En el movimiento sincronizado de la estiba, casi acariciaba las bolsas que subían y bajaban en el aire como sábanas tendidas en el sueño de sus ganas. Desde esa bodega se pensaba todo muelle, contenido entre las piernas de Eduvina bahía, calentando su invierno de jornales magros, deshielo de broncas, bálsamo de fatigas.

De una ruma se separó un tablón para achicar el abarrote. Por ese plano inclinado comenzó a desfilarse la cuadrilla bolsa al hombro. Un petiso chileno provocó a un grandote hasta picarlo. Enseguida la hombría puesta a precio fue quién bajaba más bolsas apiladas. Corrió la apuesta llegando a jugarse el turno entero.

Comenzó el chileno con dos bolsas en los brazos, seguido sin esfuerzo por el gigante tucumano. A partir de aquí se complicaba. Pero el Menduco con unos compañeros habían inflado y arreglado una

bolsa ya vaciada. Se la apilaron la tercera y el petiso, que tenía fama de guapo, comenzó a bajar como un Sansón hinchando las venas del cuello, los ojos desmadrados.

El hombretón medía como dos metros. Ahora le tocaba. Movi6 su humanidad tambaleando como un beodo, los ojos de br6tola reci6n sacada del agua. De pronto se detuvo; le temblaban las piernas y hubo que sostenerlo para que no cayera aplastado por su carga. Las risas estallaron y el gigante, percatado del enga6o, se trenz6 a los pu6etazos.

La ri6a estaba en su apogeo cuando grit6 el grandote: –iPea la pelea!, iSe me cay6 el diente de oro!

En tierra, el capataz comenz6 a impacientarse pues el guinche no pegaba la vuelta cuando faltaban un par de toneladas, as6 es que subi6 para cubierta. De la bodega, como una nube blanca de harina se elevaba cielo arriba hacia lo alto. Asomado a su fondo constat6 la denodada b6squeda que todos realizaban, hundiendo los dedos en el polvo suelto, rasgu6ando y hurgando cada agujero entre las tablas.

Como una joya valiosa, la pr6tesis, si bien pudo acabar la pelea, no fue hallada. As6, alejada la tormenta de los 6nimos, el d6a se fue llevando la carga junto con la luz, hasta llegar el final.

Con su saca repleta, entre otros rostros blanco lega6osos, el Menduco arranc6 para las casas. En la urdimbre del fr6o y la changa hab6a incubado su nostalgia, amas6ndola de harina y nieve como un fr6o pan; pero horneado en el coraz6n del estiba sal6a casero, pan caliente. As6 llegaba, golpeando hasta su puerta, pensando que un sol chiquito habr6a de refulgir en un amor tan grande. Por eso abri6 la boca regalando una sonrisa inmensa, y en ese socav6n oscuro, en ese bald6o, el destello de un diente de oro refulgente ilumin6 para siempre como un peque6o sol, el amor tan grande por su Eduvina bah6a. ■

Pisot6n

Pisot6n o Pata 6 cricket lo llamaban, por esos pies enormes o quiz6s por esa forma suya de pisar la vida o de andarla as6, a los manotones, a puro pecho y hombro, a puro todo o nada.

Parece que se fueran a dormir las brasas en el medio tacho. San Juan, el estiba mas antiguo, va deshilachando la historia de cuando pele6 solo, con otros tres viejos, en el turbal de Ensenada, y as6 estuvo,

meta combo, hasta perder porque se quedó dormido según cuenta.

Pisotón sonríe al escuchar por décima vez aquella historia; está sentado en una bita del muelle nevado, mientras revuelve con un palito de lenga los pequeños carbones encendidos que van curando las paredes humedecidas con grapa y azúcar, de un mate porongo nuevo que lo acompaña esa noche. Esta vuelta le tocó "tierra", con el Indio, San Juan, el Gallo y Punta Arenas.

A medida que una de sus bodegas va desembarazándose de contenedores y la otra pariendo papa y harina en bolsas de cincuenta, el *Bahía San Blas* va levantando su nariz gigante y elevándose como un gran monstruo marino que emergiera de la negrura del agua.

Ahora Punta Arenas recuerda cuando andaba de "zeppelinero" en las estancias; si, de a caballo y tirando de otros dos, cargados de escabio y otras yerbas, deslizándose como un "zeppelin" silencioso en la noche alta, para venderle a las comparsas que en la época de esquila se hacen la temporada en la zona entre Río Grande y Ushuaia.

—"...Y entonces la policía, ...y entonces perdí un caballo, ...y entonces... justo a tiempo..."; pero Pisotón ya no escuchaba, rebuscando con la vista una bolsa pa' bagallar, cuando el turno terminara.

La pluma del guinche se va a pescar en bodega, parece un brazo ensotanado bautizándolos con un contenedor en cada vuelta de ese gesto mecánico y repetido en tantos puertos.

El gremio controla la producción, la carga llega con intervalos largos, deja un respiro, no es el tiempo del capanga.

El mate, con vocación de poeta, siempre está espiando las almas, las mira desde su ojo verde que siempre está parpadeando; ahora, recién curado, como pichón da su primer vuelo anidando de mano en mano. Cada historia se hace verde y espuma allí dentro, y de cada una guarda algo; hay un diálogo sordomudo con cada uno que le da la mano, el hombre que se abisma en si mismo y el mate se hace cada vez más sabio. Pisotón lo va sorbiendo calentándose las manos. Como tantos estibadores, olímpicos de la supervivencia, portadores y creadores de una verdadera cultura de resistencia, con razones o sin razones va pensando, "...esa harina blanca y esa papa es nuestra, porque sí, porque nosotros la estibamos, o porque hace frío qué joder, es nuestra y llevemos cumpas, papita linda, papita rica, que hace mucho frío y hoy termina el buque y hasta entro de un mes no vuelve a visitarnos...", cosas que quedan en la calabaza, que no cuela la yerba, que no se las lleva el agua.

El muelle, pequeña península, es un dedo helado señalando al oriente en la bahía de Ushuaia; parece que se estirara para tocar el suave resplandor que tras la Navarino, la isla sur de Chile, se viene insinuando.

El canal de Onachaga es una sola lengua azul y helada tensándose entre dos gargantas, Pacífico y Atlántico por esa lengua se besan y se abrazan.

Ya amanece en el canal de Beagle, como ahora se lo llama. Cambio de turno, cambian las cuadrillas en tierra y cubierta.

La bodega tres, todavía sin abrirse, se inaugura esa mañana. Se descorre la pesada tapa, cuando lo encuentran y gritan y se afanan; en el fondo está Pisotón, como abrazado a la harina, a la papa. Con su violenta ternura los compañeros lo alzan.

La muerte que siempre acecha, esta vez le hizo de gango, lo mandó derecho al pozo, donde lo esperaba.

—"Caminó bajo el mamparo en lo oscuro. Pero al entrepuente no lo habían cerrado." Pisotón dio la última pisada.

Es una muerte blanca, como la harina blanca, como la escarcha que en esas noches largas a veces se le entraba; porque está blanco de nieve el muelle, toda Ushuaia está blanca.

El destino con su alquimia, amasó una muerte extraña, harina de cuatro ceros, con sangre de estiba, de puro pecho y hombro, de puro todo o nada. ■

NICOLÁS ROMANO

Nacido en 1951, reside en Tierra del Fuego. En la actualidad, se desempeña en el Centro Polivalente de Arte.

Su prosa poética refleja el tiempo y la vida que le tocó como estibador, marinero o vendedor, ambulando el extremo austral; o la geografía recorrida como baqueano del Parque Nacional Tierra del Fuego.

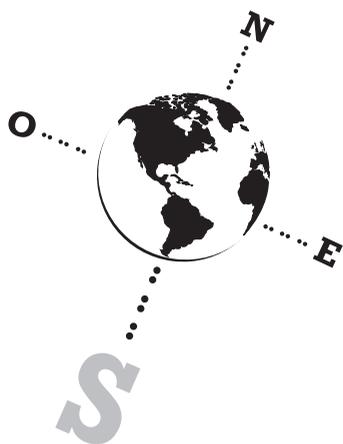
Obtuvo el primer premio regional en el primer concurso patagónico que realizara la Universidad Nacional de la Patagonia, San Juan Bosco "Alas y Letras", publicado en *Ballena Varada* por la Biblioteca Nacional. El primer premio de la región patagónica y una mención nacional en el Concurso Nacional Docente que organizara la Carpa Blanca antes de disolverse.

Otro le valió representar a la provincia en una *Antología Patagónica* que editara la Conadepa (Consejo Nacional de Desarrollo de la Patagonia).

Algunos de sus cuentos fueron publicados por *Locas de la Plaza*, de las Madres de Plaza de Mayo y por la Biblioteca Popular Oesterheld.

Su cuento "Pisotón" recorrió Chile, editado por la revista *Impactos* de Punta Arenas.

Varios cuentos fueron publicados por diarios y revistas de la zona.



Narrativa Cardinal Argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de
Septiembre de 2010 en Cooperativa de Trabajo Artes Gráficas
el Sol Limitada, Av. Amancio Alcorta 2190, Pque. Patricios,
Ciudad de Buenos Aires.

LA PAMPA
NEUQUÉN
RÍO NEGRO
CHUBUT
SANTA CRUZ
TIERRA DEL FUEGO

